

Ser amable como Don Bosco (2/2)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

5) Ser auténtico

En la era digital, las personas auténticas son muy importantes. No presumen, no intentan encajar en un molde, se sienten cómodos con lo que son y no tienen miedo de mostrarlo. Expresan sus pensamientos y sentimientos con total honestidad, sin preocuparse por lo que puedan pensar los demás, creando un ambiente de honestidad y aceptación.

En sus *Memorias*, se recoge esta complacida afirmación: “Yo por todos los compañeros, incluso los mayores en edad y estatura, me temían por mi valor y mi gallarda fuerza”.

“Es inútil, diría a su vez don Cafasso, quiere hacerlo a su manera; sin embargo, hay que dejarle hacerlo; incluso cuando un proyecto sería desaconsejable, don Bosco lo consigue”; resentida por no haberle ganado para su causa, la marquesa Barolo le acusó de ser “terco, obstinado, orgulloso”.

Son buenos ladrillos. Sabe utilizarlos bien para construir una obra maestra.

Sencillez.

Muchas personas necesitan aparentar ser diferentes, parecer más fuertes de lo que son. Querer ser lo que no son.

Las flores simplemente florecen. Ligeras silenciosas son lo que son. La persona sencilla como los pájaros en el cielo. El canto a veces, silencio más a menudo, la vida siempre. Don Bosco vive como respira. Siempre es él. Nunca doble, nunca pretencioso, nunca complejo. La inteligencia no es enmarañada, complicada, esnobismo. La realidad es compleja sin duda. No podríamos describir fácilmente un árbol, una flor, una estrella, una piedra... Eso no impide que sean simplemente lo que son. La rosa no tiene por qué, florece porque florece, no se cuida, no desea ser vista...

Las Memorias cuentan que en 1877, en Ancona, «Don Bosco fue a celebrar hacia las diez en la iglesia del Gesù, oficiada por los Misioneros de la Preciosa Sangre. Le sirvió la Misa un joven, que no olvidó aquel encuentro durante el resto de su vida. Vio entrar en la sacristía a un “curita” bajito, modesto de rostro y actitud, totalmente desconocido. Pero “en ese rostro de tez morena” vio algo de una bondad atractiva, que inmediatamente despertó en él una mezcla de curiosidad y reverencia. Mientras celebraba, notó que había algo especial en él, algo que invitaba al recogimiento y al fervor. Al final de la misa, después de la acción de gracias, el sacerdote le puso la mano en la cabeza, le dio diez céntimos, quiso saber quién era y a qué se dedicaba, y le dirigió unas buenas palabras. ¡Cuarenta y ocho años después, aquel joven, que se llamaba Eugenio Marconi y era alumno del Instituto del Buen Pastor, escribiría más tarde: “¡Oh, la dulzura de aquella voz! ¡la afabilidad, el cariño que contenían aquellas palabras! Me sentí confundido y conmovido”. Poco después descubrió que el “curita” era Don Bosco y fue un amigo devoto suyo durante toda su vida.

Lo contrario de sencillo no es complicado, sino falso. La sencillez es desnudez, expoliación, pobreza. Sin otra riqueza que todo. Sin otro tesoro que la nada. La sencillez es libertad, ligereza, transparencia. Sencillo como el aire, libre como el aire. Como una ventana abierta al gran soplo del mundo, a la presencia infinita y silenciosa de todo.

Donde sopla el Espíritu del Evangelio: «Mirad los pájaros que viven en libertad: no siembran, no siegan, no ponen su cosecha en graneros... y, sin embargo, ¡vuestro Padre que está en los cielos los alimenta! Pues bien, ¿no sois vosotros mucho más importantes que ellos?» (Mt 6, 26).

Las *Memorias Biográficas* afirman tranquilamente: «Era evidente que se arrojaba en los brazos de la divina Providencia, como un niño en los de su madre» (MB III, 36).

Todo es sencillo para Dios. Todo es divino para los sencillos. Incluso el trabajo. Incluso el esfuerzo.

6) Ser resistente

La vida está llena de sorpresas. Las cosas no siempre salen bien y a veces nos enfrentamos a retos que ponen a prueba nuestra fuerza y determinación. En esos momentos, la resiliencia es una cualidad poderosa. Se trata de tener la fuerza mental y emocional para recuperarse ante la adversidad, para seguir adelante incluso cuando las cosas se ponen difíciles. Y es algo que la gente admira. Tener al lado a alguien que encarna el coraje puede ser una increíble fuente de inspiración. Creo que el mejor título para una vida de Don Bosco es Juancito Siempredepie.

Monseñor Cagliero recuerda: «No recuerdo haberle visto ni un solo momento, en los 35 años que estuve a su lado, desanimado, molesto o inquieto por las deudas que a menudo le agobiaban. Decía a menudo: La Providencia es grande, y como piensa en los pájaros del cielo, así pensará en mis jóvenes».

«Mirad, soy un pobre sacerdote, pero si me sobrara, aunque fuera un trozo de pan, lo compartiría con vosotros». Era la frase más repetida por Don Bosco.

Los verdaderos amigos son como las estrellas... no siempre los ves, pero sabes que siempre están ahí.

7) Sé humilde

Las personas humildes no necesitan constantes elogios o reconocimientos para sentirse bien consigo mismas y no sienten la necesidad de demostrar su valía a los demás. Además, tienen una mente abierta y siempre están dispuestas a aprender de los demás, independientemente de su estatus o posición.

Don Bosco nunca se avergonzó de pedir limosna. Humilde y fuerte, como le había pedido su maestro. Con todos mantenía la cabeza alta.

8) Derrochando ternura

Miguel Rua se encariñó con Don Bosco, aquel sacerdote junto al que uno se sentía alegre y como lleno de calor. Vivía en la *Real Fábrica de Armas*, Miguelito, donde había trabajado su padre. Cuatro de sus hermanos habían muerto muy jóvenes, y él

era muy frágil. Por eso su madre no le dejaba ir muchas veces al oratorio. Pero aun así conoció a Don Bosco en las Escuelas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, donde cursó el tercer grado. Así lo contó:

«Cuando Don Bosco venía a decir misa y a predicar, en cuanto entraba en la capilla parecía como si una corriente eléctrica atravesara a todos aquellos numerosos niños. Saltábamos, nos levantábamos de nuestros asientos y nos apiñábamos a su alrededor. Tardaba mucho en llegar a la sacristía. Los buenos Hermanos no pudieron evitar aquel aparente desorden. Cuando venían otros sacerdotes, no ocurría nada parecido».

Don Bosco era tan atrayente como un imán. Hay un episodio cómico y tierno, relatado en las Memorias Biográficas de Don Bosco con la ligereza de las Florcitas

«Una tarde, paseando Don Bosco por una acera de la calle Doragrossa, hoy llamada calle Garibaldi, pasó por delante de la puerta acristalada de una magnífica tienda de telas cuyo cristal ocupaba todo el ancho de la puerta. Un buen joven del Oratorio, que allí servía de mensajero, al ver a Don Bosco, en el primer impulso de su corazón, sin reflexionar que la puerta acristalada estaba cerrada, corrió a ir a reverenciarle; pero se golpeó la cabeza con el cristal y lo hizo añicos. Al chocar el cristal, Don Bosco se detuvo y abrió la ventana; el muchacho mortificado se acercó a él; el dueño salió de la tienda, levantó la voz y gritó; los pasajeros se reunieron a su alrededor. “¿Qué has hecho?”, preguntó Don Bosco al joven; y éste, ingenuamente, respondió: “Te vi pasar y, por un gran deseo de reverenciarte, no hice más caso de que tenías que abrir la ventanilla y la rompí» (*Memorias biográficas MB III, 169-170*).

Era un sentimiento explosivo de amistad el que los muchachos sentían por Don Bosco. En la línea de San Francisco de Sales, el cantor de la amistad espiritual, Don Bosco sentía que la amistad basada en la benevolencia y la confianza mutuas parecía esencial para su sistema preventivo.

La amistad para Don Bosco era ese “toque extra” que transformaba un método educativo similar a otros en una obra

maestra única y original.

Don Rua, Monseñor Cagliero y otros **le llamaban papa...**

Al fin y al cabo, lo más importante es la amabilidad. Es la forma en que tratas a los demás, la compasión que muestras y el amor que difundes lo que realmente define quién eres como persona. La amabilidad puede ser tan simple como una sonrisa, una palabra de ánimo o una mano tendida. La idea es hacer que los demás se sientan valorados y queridos. Los chicos de Don Bosco testificaban con una insistencia casi monótona: «Él me quería». Uno de ellos, San Luis Orione, escribiría: «Caminaría sobre brasas para verle una vez más, y darle las gracias».

El muchacho no podía entender cómo Don Bosco, a quien había encontrado por casualidad semanas antes en el patio, aún recordaba su nombre. Se armó de valor y le preguntó: "*Don Bosco, ¿cómo se ha acordado de mi nombre?*".

"¡Nunca olvido a mis hijos!", respondió.

A un muchacho que salía del Oratorio por su propia voluntad, Don Bosco, al encontrarlo, le preguntó:

"¿Qué tienes en la mano?"

"Cinco liras que me dio mi mamá para comprar un billete de tren".

"Tu mamá te pagó el pasaje para el viaje del Oratorio a tu casa, y eso está bien. Ahora coge estas otras cinco liras. Son para el billete de vuelta. Cuando lo necesites, ven a verme".

La atención es una forma de amabilidad, del mismo modo que la falta de atención es la mayor grosería que se puede hacer. A veces es violencia implícita, sobre todo cuando se trata de niños: la desatención se considera con razón maltrato cuando alcanza un umbral insoportable, pero en pequeñas dosis forma parte de las ignominias ordinarias que muchos niños se ven obligados a soportar. La falta de atención es hielo: y es difícil crecer en el hielo, donde el único consuelo es quizá una televisión llena de sueños violentos o consumistas. La atención es calidez y afecto, lo que permite que se desarrolle y florezca el mejor potencial.

«También necesito que la gente conozca la importancia de los

Salesianos Cooperadores. Hasta ahora parece poca cosa; pero espero que por este medio una buena parte de la población italiana se haga salesiana y abra el camino a muchas cosas». La Obra de los Salesianos Cooperadores... se extenderá por todos los países, se extenderá por toda la cristiandad, llegará un tiempo en que el nombre de Cooperador significará verdadero cristiano... ya veo no sólo familias, sino ciudades y pueblos enteros haciéndose Salesianos Cooperadores.

Ya que las predicciones de Don Bosco se han hecho realidad, ¡prepárate para ver cosas buenas en este siglo!

9) Así predicaba Dios Don Bosco

Quienes escriben sobre él se equivocan flagrantemente cuando intentan convertirlo en un pedagogo o incluso en un brillante innovador social. Ciertamente Don Bosco se ocupó de obras de caridad como tantos otros, y también de justicia social. Su fuerza excepcional reside, sin embargo, en el hecho de que en todo lo que hizo se apoyó única y completamente en Dios.

«Es verdaderamente admirable, exclamó uno de los presentes, el modo de proceder. Don Bosco empieza y nunca se da por vencido».

«Por eso, prosiguió Don Bosco, nunca damos marcha atrás, porque siempre vamos sobre seguro. Antes de emprender algo nos aseguramos de que es voluntad de Dios que las cosas se hagan. Comenzamos nuestras obras con la certeza de que es Dios quien las quiere. Teniendo esta certeza, seguimos adelante. Puede parecer que se encuentran mil dificultades en el camino; no importa; Dios lo quiere, y nosotros permanecemos intrépidos ante cualquier obstáculo. Confío ilimitadamente en la Divina Providencia; *pero la Providencia también quiere ser ayudada por nuestros inmensos esfuerzos*».

Sus esfuerzos tienen siempre el color del infinito.

Incluso Nietzsche afirma que la percepción de la vida interior de las personas es instintiva. Los jóvenes tienen, pues, una aptitud natural para observar lo que se esconde tras el exterior de una persona. Tienen antenas especiales para captar señales que no pueden observarse por medios ordinarios. Son

capaces de percibir lo que está oculto para los demás.

Nuestra antena espiritual nos hace sensibles a la belleza moral de las personas, nos hace notar instintivamente la dimensión moral y espiritual de sus vidas.

En 1864 Don Bosco llega a Mornese con sus muchachos, en sus paseos otoñales. Ya es de noche. La gente acude a su encuentro precedida por el párroco Don Valle y el sacerdote Don Pestarino. La banda toca, muchos se arrodillan al paso de Don Bosco pidiéndole que les bendiga. Los jóvenes y el pueblo entran en la iglesia, se da la bendición con el Santísimo Sacramento, luego todos van a cenar.

Después, animados por los aplausos, los chicos de Don Bosco dan un breve concierto de marchas y música alegre. En primera fila está María Mazzarello, de 27 años. Al final, Don Bosco dice unas palabras: «Estamos todos cansados, y mis muchachos quieren dormir bien. Mañana, sin embargo, hablaremos más extensamente».

Don Bosco permanece cinco días en Mornese. Todas las noches María Mazzarello puede escuchar las “buenas noches” que da a sus jóvenes. Se sube a los bancos para acercarse a aquel hombre. Alguien se lo reprocha como un gesto impropio. Ella responde: «Don Bosco es un santo, lo siento».

Es mucho más que un sentimiento. ¿A cuántas mujeres les cambiará la vida? Sólo hace falta un movimiento, un simple movimiento de esos que hacen los niños cuando se lanzan hacia delante con todas sus fuerzas, sin miedo a caerse ni a morir, ajenos al peso del mundo.

Se trata de nuevo de un espejo: nadie volvió su rostro hacia las mujeres más que Jesucristo, como se vuelve la mirada hacia el follaje de los árboles, como uno se inclina sobre el agua de un río para sacar fuerzas y la voluntad de continuar su camino. Las mujeres en la Biblia son numerosas. Están al principio y al final. Dan a luz a Dios, le ven crecer, jugar y morir, y luego le resucitan con los gestos sencillos de un amor insensato.

Todavía hay quien se preocupa por las demostraciones de la existencia de Dios. La demostración más perfecta de Dios no es difícil.

El niño preguntó a su madre: «En tu opinión, ¿Dios existe?»
«Sí».

«¿Cómo es eso?»

La mujer atrajo a su hijo hacia sí.

Le abrazó con fuerza y le dijo: «Dios es así».

«Lo he comprendido».

Don Pablo Albera: «Don Bosco educaba amando, atrayendo, conquistando y transformando. [...] Nos envolvía a todos y casi por completo en una atmósfera de alegría y felicidad, de la que se desterraban el dolor, la tristeza, la melancolía... Todo en él ejercía una poderosa atracción sobre nosotros: su mirada penetrante, a veces más eficaz que un sermón; el simple movimiento de su cabeza; la sonrisa que florecía perpetuamente en sus labios, siempre nueva y variada, y, sin embargo, siempre tranquila; la flexión de su boca, como cuando se quiere hablar sin pronunciar las palabras; las mismas palabras cadenciosas de una manera y no de otra; el porte de su persona y su andar esbelto y fácil: todas estas cosas actuaban sobre nuestros corazones juveniles como un imán del que era imposible escapar; y aunque hubiéramos podido, no lo habríamos hecho ni por todo el oro del mundo, tan felices éramos con este singular ascendiente suyo sobre nosotros, que en él era lo más natural, sin estudio ni esfuerzo».

Siempre presente y vivo. Dios como compañía, aire que se respira. Dios como agua para los peces. Dios como el nido cálido de un corazón amante. Dios como el aroma de la vida. Dios es lo que conocen los niños, no los adultos.

Ahora vamos a cambiar el mundo (Willy Wonka)

Ser amable como Don Bosco (1/2)

Ser amable es una cualidad humana que se cultiva, aceptando el esfuerzo que a menudo conlleva. Para Don Bosco no era un fin en sí mismo, sino un camino para conducir las almas a Dios. Exposición en las 42 Jornadas de Espiritualidad Salesiana en Valdocco, Turín.

Todas las cosas buenas de este mundo empezaron con un sueño (Willy Wonka).

No renuncies al tuyo (la madre de Willy Wonka).

Un escultor trabajaba afanosamente con su martillo y su cincel sobre un gran bloque de mármol. Un niño pequeño, que paseaba lamiendo helado, se detuvo ante la puerta abierta de par en par del taller.

El pequeño miraba fascinado la lluvia de polvo blanco, de pequeños y grandes trozos de piedra que caían a diestra y siniestra.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando; aquel hombre que esculpía la gran piedra de manera frenética le parecía un poco extraño.

Unas semanas más tarde, el niño pasó por delante del estudio y, para su sorpresa, vio un león grande y poderoso en el lugar donde antes estaba el bloque de mármol.

Todo emocionado, el niño corrió hacia el escultor y le dijo: "Señor, dime, ¿cómo sabías que había un león en la piedra?"

El sueño de Don Bosco es el cincel de Dios.

El simple y singular consejo de la Virgen en el sueño de los nueve años "Hazte humilde, fuerte y robusto" se convirtió en la estructura de una personalidad única y fascinante. Y sobre todo un "estilo" que podemos definir como "salesiano".

Todo el mundo amaba a Don Bosco. ¿Por qué? Era atrayente, un

líder nato, un verdadero imán humano. A lo largo de su vida sería siempre un 'conquistador' de amigos leales.

Juan Giacomelli, que siguió siendo su amigo de por vida, recuerda: «Entré en el seminario un mes después que los demás, no conocía a casi nadie, y en los primeros días estaba como perdido en la soledad. Fue el clérigo Bosco, quien se acercó a mí la primera vez que me vio solo, después del almuerzo, y me hizo compañía todo el tiempo en los recreos, contándome varias cosas graciosas, para distraerme de cualquier pensamiento que pudiera tener de casa o de los parientes que había dejado atrás. Hablando con él, me enteré de que había estado bastante enfermo durante las vacaciones. Entonces se deshizo en atenciones hacia mí. Entre otras, recuerdo que como yo tenía un birrete desproporcionadamente alto, de la que varios de mis compañeros se burlaban, y que nos disgustaba a mí y a Bosco, que venía a menudo conmigo, él mismo me la arregló, ya que llevaba consigo el material necesario y era muy bueno cosiendo. Desde entonces empecé a admirar la bondad de su corazón. Su compañía era edificante».

¿Podemos robarle algunas de sus cualidades para llegar a ser también "amables"?

1) Ser una fuerza positiva

Alguien que mantiene constantemente una actitud positiva nos ayuda a ver el lado positivo y nos empuja hacia adelante.

«Cuando Don Bosco visitó por primera vez el mísero techo, que iba a servir para su oratorio, tuvo que tener cuidado de no romperse la cabeza, porque por un lado sólo tenía un metro de altura; por suelo tenía la tierra desnuda, y cuando llovía el agua penetraba por todos lados. Don Bosco sentía grandes ratas que corrían entre sus pies, y murciélagos que revoloteaban sobre su cabeza». Pero para Don Bosco era el lugar más hermoso del mundo. Y se puso en marcha a la carrera: «Corrí rápidamente hacia mis jóvenes; los reuní a mi alrededor y en voz alta grité: "Ánimo, hijos míos, tenemos un Oratorio más estable que en el pasado; tendremos una iglesia, una sacristía, salas para las escuelas, un campo de recreo". El

domingo, domingo iremos al nuevo Oratorio que hay está ahí en casa Pinardi. Y les enseñaremos el lugar».

La Alegría.

La alegría, un estado de ánimo positivo y feliz, fue la norma en la vida de Don Bosco.

Para él es más verdadera que nunca la expresión «Mi vocación es otra. Mi vocación es ser feliz en la felicidad de los demás».

Frente al amor no hay adultos, sólo niños, ese espíritu infantil que es abandono, despreocupación, libertad interior.

«Iba de un sitio a otro del patio, siempre con el alarde de ser un hábil jugador, algo que requería sacrificio y esfuerzo continuo. “Era encantador verle entre nosotros”, decía uno de los alumnos, ya de edad avanzada. Algunos estábamos sin chaqueta, otros la tenían, pero toda hecha jirones; éste apenas podía mantener los pantalones en las caderas, aquél no tenía sombrero, o los dedos de los pies sobresalían de sus zapatos rotos. Uno era desaliñado, a veces mugriento, grosero, importuno, caprichoso, y encontraba su deleite en estar con los más miserables. Al más pequeño le tenía un afecto de madre. A veces dos niños se insultaban y se pegaban por juegos. Don Bosco se acercaba rápidamente a ellos y les invitaba a parar. Cegados por la cólera, a veces no hacían caso, y entonces él levantaba la mano como para pegarles; pero de repente se detenía, los cogía del brazo y los separaba, y pronto los pequeños traviesos cesaban todas sus peleas como por arte de magia».

A menudo alineaba a los jóvenes en dos bandos enfrentados por la *barrarotta* (es el nombre de un juego), y haciéndose el jefe de uno de los bandos, montaba un juego tan animado que, en parte jugadores y en parte espectadores, todos los jóvenes se enardecían con estos juegos. Por un lado, querían la gloria de la victoria de Don Bosco, por otro festejaban por la seguridad de la victoria.

No pocas veces desafiaba a todos los jóvenes a superarle en la

carrera, y fijaba la meta otorgando el premio al vencedor. Y allí se alineaban. Don Bosco se levanta la sotana hasta la rodilla: – Atención, gritad: ¡Uno, dos, tres! – Y un enjambre de jóvenes se lanzaba hacia delante, pero Don Bosco era siempre el primero en llegar a la meta. El último de estos desafíos tuvo lugar precisamente en 1868 y Don Bosco, a pesar de sus piernas hinchadas, seguía corriendo tan rápido que dejó atrás a 800 jóvenes, muchos de ellos maravillosamente delgados. Los que estábamos presentes no podíamos creer lo que veíamos (MB III,127).

2) Preocuparse sinceramente por los demás

Una de las características de las personas “atrayentes” es la preocupación genuina y sincera por los demás. No se trata sólo de preguntar a alguien cómo le ha ido el día y escuchar su respuesta. Se trata de escuchar de verdad, empatizar y mostrar verdadero interés por la vida de los demás. Don Bosco lloró con el corazón roto por la muerte de Don Calosso, de Luis Comollo, al ver a los primeros chicos entre rejas.

La juventud anticlerical

De este joven haremos alguna mención porque es como el representante de otros ciento y pico de sus compañeros. En el otoño de 1860, Don Bosco entraba en el café, llamado de la Consolata, porque estaba cerca del famoso Santuario de ese nombre, y tomaba asiento en una sala apartada para leer tranquilamente la correspondencia que solía llevar consigo. En aquel local, un camarero despreocupado y cortés atendía a los clientes. Se llamaba Cotella Juan Pablo, era natural de Cavour (Turín) y tenía trece años. Se había escapado de casa en el verano de ese año, porque no soportaba los reproches y la severidad de sus padres. Le dejamos a él la descripción de su encuentro con Don Bosco, tal como se lo narró a Don Cerruti Francisco.

Una tarde, contó él, el patrón me dijo: «Lleva una taza de café a un sacerdote que está en aquella habitación». «¿Yo llevar café a un cura?», dije como sobresaltado. Los curas

eran entonces tan impopulares como ahora, incluso más que ahora. Yo había oído y leído todo tipo de cosas y, por tanto, me había formado una muy mala opinión de los curas.

Continué con aire burlón: «¿Qué quieres de mí, cura?», le pregunté a Don Bosco con pesar. Y él me miró fijamente: «Quisiera de ti, buen joven, una taza de café», respondió con gran amabilidad, «pero con una condición». «¿Cuál?» «Que me lo traiga usted mismo».

Aquellas palabras y aquella mirada me conquistaron y me dije: «Este no es un cura como los demás».

Le llevé el café; una fuerza arcana me mantuvo cerca de él, que empezó a interrogarme, siempre de la forma más cariñosa, sobre mi país natal, mi edad, mis ocupaciones y, sobre todo, por qué me había escapado de casa. Entonces: «¿Quieres venir conmigo?», me dijo. «¿Dónde?» «Al Oratorio de D. Bosco. Este lugar y este servicio no son para ti». «¿Y cuando estés allí?» «Si quieres, puedes estudiar». «¿Pero me mantendrás bien?» «¡Oh, piensa! Allí juegas, estás alegre, te diviertes...». «Bueno, bueno», respondí, «iré. ¿Pero cuándo? ¿Inmediatamente? ¿Mañana?» «Esta tarde», añadió D. Bosco.

Renuncié a mi patrón, que hubiera querido que me quedara unos días más, cogí mis pocos harapos y me fui al Oratorio aquella misma tarde. Al día siguiente, D. Bosco escribió a mis padres para tranquilizarlos respecto a mí, e invitándoles a acudir a él para el necesario entendimiento sobre su ayuda con la comida y los gastos correspondientes. En efecto, mi madre vino y, después de escuchar lo que dijo sobre el estado de la familia: «Bien, concluyó D. Bosco, hagámoslo así; tú pagas 12 liras al mes, D. Bosco pondrá el resto».

Admiré en esto, no sólo la exquisita caridad, sino la prudencia de D. Bosco. Mi familia no era rica, pero gozaba de suficiente fortuna. Si, por tanto, me hubiera aceptado gratuitamente, no habría hecho bien, pues esto habría perjudicado a otros más necesitados que yo.

Durante dos años sus parientes habían mantenido el acuerdo con Don Bosco respecto a la pensión, pero al comienzo del tercero dejaron de pagar y ya no quisieron saber nada: El joven,

aunque vivaz en grado sumo, era abierto, franco, de buen corazón, de conducta ejemplar, y sacaba mucho provecho de sus estudios. Ahora en este año escolar (1862 – 1863), cuando estaba a punto de entrar en la cuarta clase, temeroso de tener que interrumpir sus estudios, se sinceró con Don Bosco, quien le contestó: «¿Y qué importa si tus padres ya no quieren pagar? ¿No estoy yo ahí? **Ten por seguro que Don Bosco no te abandonará**». Y efectivamente, mientras permaneció en el Oratorio, Don Bosco le proporcionó todo lo que necesitaba. Cuando terminó el cuarto año de bachillerato y superó con éxito los exámenes, se puso a trabajar; y el primer dinero que pudo reunir con su trabajo, lo envió a Don Bosco a costa de privaciones y en pequeños plazos para completar el saldo de la pequeña pensión que sus parientes se habían olvidado de pagarle en su último año en el Oratorio. Vivió como un buen cristiano, difundió con celo las lecturas católicas, fue de los primeros en afiliarse a la unión de antiguos alumnos y mantuvo siempre una afectuosa comunicación con sus antiguos superiores.

3) Ser un buen escuchador

En un mundo en el cual todo el mundo parece estar hablando todo el tiempo, un buen oyente se destaca. Escuchar lo que alguien dice es una cosa, pero escuchar de verdad -absorber y comprender- es otra cosa. Ser un buen oyente no consiste sólo en permanecer en silencio mientras la otra persona habla. Se trata de participar en la conversación, hacer preguntas de profundización y mostrar un interés genuino.

El contacto como intercambio de energía.

Tenía una de las cualidades más raras: la “gracia de estar”. Una vida desbordante, como el buen vino de la cuba. Por la que miles de personas decían: «¡Gracias por estar ahí!» y «¡A tu lado yo soy un otro!»

«Escuchaba a los chicos con la mayor atención, como si las cosas que dijeran fueran muy importantes. A veces se levantaba o caminaba con ellos por la habitación. Cuando terminaba la

conversación, los acompañaba hasta el umbral, abría él mismo la puerta y se despedía de ellos diciendo: ¡Somos siempre amigos, eh!» (Memorias biográficas VI, 439).

4) La belleza del hombre bueno

Por esto Don Bosco es atrayente. El cardenal Juan Cagliero relató el siguiente hecho constatado personalmente cuando acompañaba a Don Bosco. Después de una conferencia celebrada en Niza, Don Bosco salió del presbiterio de la iglesia para dirigirse a la puerta, rodeado por la multitud que no le dejaba caminar. Un individuo de aspecto adusto permanecía inmóvil, observándole como si no estuviera tramando nada bueno. Don Cagliero, que no le quitaba ojo, inquieto por lo que pudiera suceder, vio acercarse al hombre. Don Bosco le habló: «¿Qué quieres?» «¿Yo? ¡Nada!».

«¡Parece que tienes algo que decirme!» «No tengo nada que decirle».

«¿Quieres confesarte?» «¿Confesarme? ¡Ni por asomo!»

«Entonces, ¿qué haces aquí?» «Estoy aquí porque... ¡no puedo irme!»

«Comprendo... Señores, déjenme solo un momento», dijo Don Bosco a los que le rodeaban. Los que lo rodeaban se apartaron, Don Bosco susurró unas palabras al oído del hombre que, cayendo de rodillas, se confesó en medio de la iglesia (cf. MB XIV, 37).

El Papa Pío XI, el Pontífice que canonizó a Don Bosco y que había sido huésped de Don Bosco en la Casa Pinardi en el otoño de 1883, recuerda: «Aquí respondía a todos: y tenía la palabra justa para todo, tan propia que asombraba: primero sorprendía y luego asombraba demasiado».

Dos cosas nos hacen comprender la eternidad: el amor y el asombro. Don Bosco las resumía en su persona. La belleza exterior es el componente visible de la belleza interior. Y se manifiesta a través de la luz que emana de los ojos de cada individuo. No importa si está mal vestido o no se ajusta a nuestros cánones de elegancia, o si no trata de imponerse a la atención de las personas que le rodean. Los ojos son el espejo

del alma y, en cierta medida, revelan lo que parece oculto.

Pero, además de la capacidad para brillar, poseen otra cualidad: actúan como espejo tanto de los dones que alberga el alma como de los hombres y mujeres que son objeto de su mirada.

En efecto, reflejan a quien los mira. Como cualquier espejo, los ojos devuelven el reflejo más íntimo del rostro que tienen delante.

Un viejo sacerdote, antiguo alumno de Valdocco, escribía en 1889: “Lo que más destacaba en Don Bosco era su mirada, dulce pero penetrante, hasta las tinieblas del corazón, en las que uno difícilmente podía resistirse a mirar”. Y añadía: “Normalmente los retratos y los cuadros no muestran esta singularidad” (MB VI, 2-3).

Otro antiguo alumno, de los años 70, Pons Pedro, revela en sus recuerdos: “Don Bosco tenía dos ojos que traspasaban y penetraban la mente... Se paseaba hablando y mirando a todo el mundo con dos ojos que se volvían en todas direcciones, electrizando de alegría los corazones” (MB XVII, 863).

Sabes que eres una buena persona cuando la gente siempre acude a ti en busca de consejo y aliento. La puerta de Don Bosco estaba siempre abierta para jóvenes y mayores. La belleza del hombre bueno es una cualidad difícil de definir, pero cuando está ahí, se nota: como un perfume. Todos sabemos lo que es el perfume de las rosas, pero nadie puede levantarse y explicarlo.

A veces sucedía este fenómeno, que un joven escuchaba la palabra de Don Bosco y no podía apartarse de su lado, absorbo casi en una idea luminosa... Otros velaban por la noche a su puerta, dando ligeros golpecitos de vez en cuando, hasta que se les abría, porque no querían irse a dormir con el pecado en el alma.

[\(continuación\)](#)

El testamento de Don Bosco

Con un testamento, como sabemos, una persona dispone de sus bienes para después de su muerte. No se podría pensar, por tanto, que lo que vamos a tratar sea un tema demasiado simpático. Sin embargo, sirve para que apreciemos mejor la gran serenidad y prudencia de Don Bosco. Ya de joven tenía siempre presente el pensamiento de la muerte y hablaba de ella con frecuencia.

En el archivo central salesiano se conservan varios manuscritos sucesivos de su testamento ológrafo (ASC 112 – FdB n. 73).

En Turín, en 1846, cayó tan enfermo que se temió por su vida. En los años 50 hubo quien intentó asesinarlo. Y Don Bosco siempre se mantuvo preparado para cualquier acontecimiento.

El primer testamento ológrafo de Don Bosco que poseemos data del 26 de julio de 1856, cuando Don Bosco estaba a punto de cumplir 41 años y su madre aún vivía. Comenzaba con estas palabras: *“En la incertidumbre de la vida en la que se encuentra todo hombre que vive en este mundo..., etc.”*.

Dejó el usufructo de sus bienes en Turín a Don Vittorio Alasonatti, ecónomo de la Casa di Valdocco, y la propiedad al clérigo Miguel Rua, que ya entonces era su mano derecha.

Dejó la propiedad de Castelnuovo a sus parientes, teniendo en cuenta que su madre en vida debía seguir siendo usufructuaria de la misma. A la muerte de su madre, en noviembre de ese año, corrigió lo que había escrito: *“Todo lo que poseo en Castelnuovo d’Asti, se lo dejo a mi hermano José...”*.

Manuscritos posteriores

En febrero de 1858, Don Bosco viajó por primera vez a Roma para entrevistarse con el Papa Pío IX y presentarle su proyecto de Sociedad Salesiana. Había decidido ir por mar y volver por tierra a través de la Toscana, los estados de Parma, Piacenza, Módena y Lombardía-Véneto. Partió la madrugada del 18 de febrero, después de una noche helada y nevada, acompañado de su fiel clérigo Miguel Rua.

Sólo hizo el tramo Turín-Génova en tren. Después tuvo que embarcar en el Aventino, un barco de vapor que llegaba hasta Civitavecchia. De Civitavecchia a Roma viajó en coche correo. El 21 de febrero llegó a la ciudad de los Papas, donde fue huésped del conde De Maistre en Via del Quirinale 49, en las Quattro Fontane, mientras Don Rua se alojaba con los Rosminianos (MB V, 809-818).

Pero antes de emprender ese viaje, Don Bosco había tramitado no sólo un pasaporte, sino también un testamento.

Otra copia del testamento de Don Bosco lleva la fecha del 7 de enero de 1869. En él constituía su heredero universal y albacea, en lo que se refería a los bienes salesianos, al sacerdote Rua Miguel y, en caso de fallecimiento, al Sac. Cagliero Giovanni.

El 29 de marzo de 1871 reconfirmó a Don Rua y Don Cagliero como sus herederos y, para las propiedades de Castelnuovo, a sus parientes. Ese mismo año, durante su enfermedad en Varazze, escribió una confirmación de su testamento anterior el 22 de diciembre de 1871 (MB X, 1334-1335).

El testamento de 1884

En 1884 Don Bosco estaba a punto de partir para Francia por décima vez en busca de dinero para la Basílica del Sagrado Corazón en Roma. Su salud era precaria. El doctor Albertotti, que había sido llamado para disuadirlo del viaje, después de examinarlo había dicho:

– *Si llega a Niza sin morir, será un milagro.*

– *Si no vuelvo, paciencia* -había respondido Don

Bosco-, *significa que arreglaremos las cosas antes de irnos, pero tenemos que irnos* (MB XVII, 34).

Y así lo hizo. En la tarde de aquel 29 de febrero hizo llamar a un notario y a los testigos y dictó su testamento, como si estuviera a punto de partir para la eternidad. Luego, haciendo venir a don Rua y a don Cagliero, y señalando el acta notarial sobre la mesa, les dijo:

– Aquí está mi testamento... Si no regreso, como teme el doctor, ya sabrán cómo están las cosas.

Don Rua salió de la habitación con el corazón inflamado. El santo hizo señas a don Cagliero para que se detuviera y le dejó como regalo una cajita que contenía el anillo de boda de su padre.

El 7 de diciembre de ese año Don Cagliero fue consagrado Obispo titular de Magida y partió para América el 3 de febrero de 1885, como Vicario Apostólico en la Patagonia.

El testamento espiritual de Don Bosco

En el Archivo Central Salesiano se conserva también un manuscrito de las Memorias de Don Bosco que abarcan los años 1841-1886, conocido en la tradición salesiana como Testamento Espiritual de Don Bosco. Citamos un pasaje particularmente significativo

“Habiendo expresado así los pensamientos de un Padre hacia sus amados hijos, me dirijo ahora a mí mismo para invocar la misericordia del Señor sobre mí en las últimas horas de mi vida.

– Me propongo vivir y morir en la santa religión católica que tiene por cabeza al Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo sobre la tierra.

– Creo y profeso todas las verdades de la fe que Dios ha revelado a la santa Iglesia.

– Pido humildemente perdón a Dios por todos mis pecados, especialmente por cada escándalo dado a mi prójimo en todas mis acciones, en todas las palabras pronunciadas a destiempo; especialmente le pido perdón por el excesivo cuidado que he tenido de mí mismo bajo el engañoso pretexto de preservar mi

salud...

– Sé que vosotros, mis amados hijos, me amáis, y este amor, este afecto no se limita a llorar después de mi muerte; sino que rezad por el eterno reposo de mi alma...

– Que vuestras oraciones se dirijan con especial propósito al Cielo para que yo encuentre misericordia y perdón en el primer momento en que me presente a la tremenda majestad de mi Creador" (F. MOTTO, *Memorie...*, Piccola Biblioteca dell'ISS, n. 4, Roma, LAS, 1985, p. 57-58).

Es un documento que no necesita comentario.

Don Bosco y el diálogo ecuménico

El ecumenismo es un movimiento surgido a principios del siglo XX entre las Iglesias protestantes, compartido después por las Iglesias ortodoxas y la propia Iglesia católica, que tiene como objetivo la unidad de los cristianos. El Decreto sobre el Ecumenismo del Concilio Vaticano II afirma que por Cristo Señor la Iglesia fue fundada una y única y que la división de las Iglesias no sólo contradice abiertamente la voluntad de Cristo, sino que es también un escándalo para el mundo. Nuestros tiempos, por tanto, difieren no poco en este aspecto de los de Don Bosco.

Cuando se habla de "protestantes" en Piamonte, el pensamiento se dirige en primer lugar a la Iglesia evangélica valdense. Es bastante conocida la historia, a veces trágica y heroica, de esta pequeña iglesia popular que encontró refugio, un hogar estable y su centro religioso en los valles de Pinerolo. Menos conocido es el fuerte espíritu proselitista de los valdenses tras el Edicto de Emancipación firmado por el

rey Carlos Alberto el 17 de febrero de 1848, que les concedió derechos civiles y políticos.

Entre las iniciativas más conspicuas de su creciente propaganda anticatólica, en Piamonte, y luego en toda Italia, estuvo la de la prensa popular, que provocó en consecuencia una viva reacción del Episcopado y las correspondientes iniciativas apologéticas en defensa de la doctrina católica. En este campo, tras las directivas de la Santa Sede y de los Obispos piamonteses, Don Bosco se movió también fuertemente preocupado por preservar de la herejía a la juventud y al pueblo de nuestras tierras.

Las “lecturas católicas” de Don Bosco

Se comprende que Don Bosco sintiera el deber de entrar en combate en defensa de la fe en el pueblo y entre la juventud. Se comprometió con valentía en la prensa popular católica porque pronto se dio cuenta de que los valdenses del Piamonte no eran más que la cabeza de puente del premeditado asedio protestante a Italia (G. SPINI, *Risorgimento e Protestanti*, Milán, Ed. Mondadori, 1989, pp. 236-253).

A este respecto, el 30 de enero de 1988 apareció en “*Il Secolo XIX*” un artículo de N. Fabretti titulado: *Don Bosco, un santo “joven”*, en el que, entre otras cosas, se le declaraba: “ortodoxo hasta la intolerancia, violento contra los protestantes a los que considera, si no se convierten, hijos del diablo y condenados”, y “polemista furibundo... que con sus “Lecturas católicas” desacredita obsesivamente a Lutero y a los protestantes e insulta públicamente a los valdenses”. Pero estas vulgares acusaciones no tocan al verdadero Don Bosco.

Las “Lecturas Católicas”, cuya publicación comenzó en marzo de 1853, eran folletos populares que Don Bosco hacía imprimir mensualmente para la educación religiosa de la juventud y del pueblo. Mediante una catequesis sencilla, a menudo narrativa, recordaba a sus lectores la doctrina católica sobre los misterios de la fe, la Iglesia, los

sacramentos y la moral cristiana.

En lugar de polemizar directamente con los protestantes, subrayaba las diferencias que nos separan de ellos, refiriéndose a la historia y a la teología tal como se conocían en la época. Será inútil, sin embargo, buscar en los opúsculos que imprimió, como *Avisos a los católicos* y *El católico instruido en su religión*, (“Lecturas católicas” 1853, nn. 1, 2, 5, 8, 9, 12) los elementos más destacados por la doctrina sobre la Iglesia actual. Más bien reflejan una catequesis que ahora requeriría clarificación e integración. El estilo apologético de Don Bosco, por tanto, reflejaba el de conocidos autores católicos en los que se inspiraba.

Hoy, en un clima ecuménico, ciertas iniciativas pueden parecer desproporcionadas frente al peligro, pero hay que tener en cuenta el ambiente de la época en el que la polémica partía de los propios protestantes y “la controversia religiosa se sentía como una necesidad cotidiana para evangelizar al pueblo” (V. VINAÏ, *Storia dei Valdesi*, Vol. III, Turín, Ed. Claudiana, 1980, p. 46).

De hecho, la literatura protestante anticatólica de la época presentaba al catolicismo como depositario del pecado, la hipocresía religiosa, la superstición y la crueldad hacia judíos y valdenses. Un conocido historiador protestante afirma a este respecto: «Podemos decir que en 1847 Italia estaba rodeada por una especie de cerco protestante, tendido a su alrededor por el episcopalismo anglicano, el presbiterianismo escocés y el evangelismo “libre” de Ginebra y Lausana, con el apoyo también del protestantismo americano. Dentro de la península, además de las comunidades tradicionales extranjeras, existen ya dos cabezas de puente, los valdenses y los “evangélicos” toscanos. Fuera, hay dos comunidades organizadas con prensa propia en Londres y Malta» (G. SPINI, o. c., p. 226).

Pero esto no era suficiente. Don Bosco, además de los ataques de origen sospechoso sufridos por él, fue desacreditado en varios números de los años 1853-54 del

semanario protestante "La Buona Novella", con esquemas muy pesados contra él («La Buona Novella», Annata 1853-54, Anno III, n. 1, pp. 8-11; n. 5, pp. 69-72; n. 11, pp. 166-168, n. 13, pp. 193-198; n. 27, pp. 423-424).

¡Eran los tiempos del «enfrentamiento directo»!

¿Don Bosco intolerante?

Ciertamente Don Bosco no merecía tales insultos. Louis Desanctis, sacerdote católico que se había pasado a la Iglesia valdese, dio un gran impulso a la evangelización protestante con su presencia en Turín, polemizando incluso con las publicaciones de Don Bosco. Pero cuando, por desavenencias internas, acabó abandonando a los valdenses y se pasó a una Sociedad Evangélica Italiana, tuvo mucho que sufrir. Fue entonces cuando Don Bosco le escribió para invitarle a su casa a compartir con él "pan y estudio". Desanctis le contestó que nunca pensó encontrar tanta generosidad y amabilidad en un hombre que era abiertamente su enemigo. *«No disimulemos -añadió-, V. S. combate mis principios como yo combato los suyos; pero mientras me combate demuestra que me ama sinceramente, tendiéndome una mano benéfica en el momento de la aflicción. Y así demuestra que conoce la práctica de esa caridad cristiana, que en teoría practican tan bien tantos...»* (ASC, Colección Original nº 1403-04).

Aunque después de Desanctis no se sintió capaz de extraer las consecuencias lógicas de su situación, esta carta que revela al verdadero Don Bosco sigue siendo significativa, ciertamente no "el ortodoxo hasta la intolerancia" o el "polemista furibundo" definido por el columnista de "Il Secolo XIX", sino el hombre de Dios interesado sólo en la salvación de las almas.

Don Bosco y los animales

¿Amaba Don Bosco a los animales? ¿Están presentes en su vida? ¿Y qué relación tenía con ellos? Algunas preguntas que se intentan responder.

Pájaros, perros, caballos, etc.

En el establo de la «Casita», donde Mamá Margarita se había trasladado con sus hijos y su suegra tras la inesperada muerte de su marido Francisco, había una vaquita un ternero y un burro. En un rincón de la casa, un gallinero.

Juan, tan pronto como fue capaz, llevaba a pastar a la vaquita, pero le interesaba con más gusto por los nidos de los pájaros. Él mismo lo recuerda en sus “Memorias”: «Yo era muy hábil para atrapar pájaros, con trampas, con liga pegajosas, con lazos, y muy diestro en el conocimiento de los nidos» (MO 30).

Los diversos incidentes de su “oficio” son bien conocidos. Recordamos la vez en que su brazo quedó atrapado en la grieta del tronco de un árbol, donde había descubierto un nido de herrerillos; o aquella otra vez en que vio cómo un cuco mataba a una nidada de ruiseñores. Otra vez vio a su urraca morir de glotonería tras tragarse demasiadas cerezas, con carozo incluido. Un día, para alcanzar a una cría que se encontraba en un viejo roble, resbaló y cayó pesadamente al suelo. Y un triste día, al volver de la escuela, encontró a su mirlo favorito, criado en una jaula y entrenado para gorjear melodías, muerto por el gato.

En cuanto a las gallinas, de aquellos años data el hecho de la misteriosa gallina abandonada bajo la criba de la casa de sus abuelos en Capriglio y liberada por Juan entre risas de alivio. También de aquellos años es el incidente del pavo robado por un pícaro y devuelto con valentía y un toque de imprudencia infantil. De los años de Chieri es el truco del pollo en gelatina llevado a la mesa y salido de la olla vivo y graznando.

Juan entabló una verdadera amistad con un *perro* de Sussambrino, el sabueso de caza de su hermano José. Lo adiestró para que mordiera los trozos de pan al vuelo y no se los comiera hasta que se lo ordenaran. Le enseñó a subir y bajar la escalera del granero y a hacer saltos y trucos de circo. El sabueso le seguía a todas partes y cuando Juan se lo llevó de regalo a unos parientes en Moncucco, la pobre bestia, invadida por la nostalgia, volvió sola a casa en busca de su amigo perdido.

Como estudiante en Castelnuovo, Juan también aprendió a montar a *caballo*. En el verano de 1832, el preboste Don Dassano, que le daba clases en la escuela, le confió el cuidado del establo. Juan tenía que sacar el caballo a pasear y, una vez fuera del pueblo, saltaba sobre su lomo y lo hacía galopar.

Como nuevo sacerdote, invitado a predicar en Lauriano, a unos 30 km de Castelnuovo, partió a caballo. Pero la cabalgata acabó mal. En la colina de Berzano, la bestia, asustada por una gran bandada de pájaros, se encabritó y el jinete acabó en el suelo.

Don Bosco dio luego muchos otros paseos en sus andanzas por el Piamonte y salidas con los muchachos. Baste recordar la triunfal ascensión al Superga en la primavera de 1846 sobre un caballo enjaezado al más alto nivel, enviado especialmente a Sassi por instrucción de Don J. Anselmetti.

Mucho menos triunfal fue la travesía de los Apeninos a lomos de un burro en el viaje a Salicetto Langhe en noviembre de 1857. El camino era estrecho y empinado, y la nieve muy alta. El animal tropezaba y se caía a cada paso y Don Bosco se veía obligado a desmontar y empujarlo hacia adelante. El descenso fue aún más aventurado y sólo el Señor sabe cómo pudo llegar al pueblo a tiempo para la sagrada misión.

Aquel no fue el último viaje de Don Bosco en *burro*. En julio de 1862 recorrió de la misma manera seis kilómetros desde Lanzo a Sant'Ignazio. Y así, probablemente, en otras ocasiones.

Pero uno de los paseos más gloriosos de Don Bosco fue el que hizo en octubre de 1864 de Gavi a Mornese. Llegó al pueblo a última hora de la tarde con el sonido festivo de las campanas. La gente salía de sus casas con las lámparas encendidas y se arrodillaba a su paso para pedirle la bendición. Era el hosanna del pueblo al santo de la juventud.

Los animales en los sueños de Don Bosco

Si pasamos a considerar los sueños de Don Bosco, encontramos una gran variedad de animales domésticos y salvajes, pacíficos y feroces, que representan a los jóvenes y sus virtudes y defectos, al diablo y sus halagos, al mundo y sus pasiones.

En el sueño del niño de 9 años, cuando los muchachos desaparecieron, se le aparecieron a Juanito multitud de *cabritos, perros, gatos, osos y otros animales*, todos los cuales se transformaron luego en mansos corderos. En el de los 16 años la majestuosa Señora le confió un rebaño; en el de los 22 volvió a ver a los jóvenes transformados en *corderos*; y finalmente en el de 1844, ilos corderos se transformaron en pastores!

En 1861 Don Bosco tuvo el sueño de un paseo por el Paraíso. En aquel viaje los jóvenes que le acompañaban se encontraron con lagos que debían cruzar. Uno de ellos estaba lleno de *bestias feroces* dispuestas a devorar a quien intentara cruzarlo.

La víspera de la fiesta de la Asunción, en 1862, soñó que estaba en I Becchi con todos sus jóvenes, cuando apareció en el prado una *serpiente* de 7-8 metros de largo, horrorosa. Pero un guía le enseñó a atraparla con una cuerda, que más tarde cambió por un rosario.

El 6 de enero de 1863 Don Bosco contó a los muchachos el famoso sueño del *elefante* que apareció en el patio de Valdocco. Era de un tamaño inmenso y divertía amistosamente a los muchachos. Los siguió hasta la iglesia, pero se arrodilló en dirección contraria con el hocico vuelto hacia la entrada. Luego salió de nuevo al patio y, de repente,

su humor cambió y, con temibles bramidos, se abalanzó sobre los jóvenes para despedazarlos. Entonces la estatuilla de Nuestra Señora, que aún hoy se encuentra bajo el pórtico, cobró vida, se agrandó y abrió su manto para proteger y salvar a los que se refugiaban con ella.

En 1864 Don Bosco tuvo el sueño de los *cuervos* que revoloteaban sobre el patio de Valdocco para picotear a los muchachos. En 1865 fue el turno de una perdiz y una codorniz, símbolos de la virtud y el vicio respectivamente. Luego vino el sueño de la majestuosa *águila* que descendía para apoderarse de un muchacho del Oratorio; y después otra vez el del *gran gato* con ojos de fuego.

En 1867 le pareció ver a Don Bosco entrar en su habitación un gran *sapo* repugnante, el diablo. En 1872 contó el sueño del ruiseñor. En 1876 el de las *gallinas*, el del *toro* furioso, y también el del carro tirado por un cerdo y un enorme sapo.

En 1878 vio en sueños un *gato* perseguido por dos *sabuesos*. Y así sucesivamente.

Dejando a los expertos la discusión sobre estos sueños, sabemos sin embargo que tuvieron una gran función pedagógica en las casas de Don Bosco y que especialmente en algunos de ellos es difícil no ver una especial intervención de Dios.

El perro gris

Pero si queremos llegar al umbral del misterio, debemos recordar al "*Gris*", ese *misterioso perro* que tantas veces apareció para proteger a Don Bosco en momentos en que su vida corría peligro.

En sus "Memorias" el mismo Don Bosco escribió sobre él: «El perro gris fue objeto de muchas habladurías y de diversas suposiciones. No pocos de vosotros lo habréis visto e incluso acariciado. Ahora, dejando a un lado las extrañas historias que se cuentan sobre este perro, vendré a vosotros con lo que es pura verdad» (MO 251). Y continúa contando los

riesgos que corría al regresar a Valdocco a altas horas de la noche en los años cincuenta y cómo este gran perro aparecía a menudo de repente a su lado y le acompañaba a casa.

Cuenta, por ejemplo, aquella noche de noviembre de 1854, cuando en la calle que va de la Consolata al Cottolengo (hoy Via Consolata y Via Ariosto, perpendiculares al Corso Regina), notó que dos merodeadores le seguían y ellos saltaron sobre él para asfixiarle, cuando apareció el perro, les atacó furiosamente y les obligó a emprender una huida precipitada. Como último recurso, cuenta del Gris que se le apareció una noche en la carretera de Morialdo a Moncucco, cuando se dirigía, solo, a Cascina Moglia para visitar a sus viejos amigos.

Pero sus "Memorias", escritas en los años 1873-75, no pudieron mencionar lo que realmente parece ser la última aparición del Gris, que tuvo lugar la noche del 13 de febrero de 1883. Mientras Don Bosco de Ventimiglia, no habiendo encontrado carruaje, se dirigía a pie bajo la lluvia torrencial a la nueva casa salesiana de Vallecrosia, justo cuando con su débil vista ya no sabía dónde poner los pies, su viejo amigo, el muy fiel Gris, al que no había visto desde hacía varios años, salió a su encuentro. El perro se le acercó festivamente y luego, precediéndole, avanzó por el barro y la espesa oscuridad para guiarle. Cuando llegó a Vallecrosia, y saludó a Don Bosco con la pata, desapareció (MB XVI, 35-36).

Don Bosco, encontrándose en Marsella almorzando en la casa de los Olive, contó el suceso. La señora le preguntó entonces cómo era posible semejante aparición, porque el perro ya debía ser demasiado viejo. Y Don Bosco, sonriendo, le respondió: "*¡Debe haber sido un hijo o un nieto de aquél!*" (MB XVI, 36-37). Evadió entonces una pregunta embarazosa, pues no podía tratarse de un fenómeno natural, pero no dijo que fuera su imaginación. Era demasiado sincero para eso.

Según los testimonios de José Buzzetti, Carlos Tomatis y José Brosio, que vivieron con Don Bosco desde los primeros días, el Gris se parecía a un perro de rebaño o a un sabueso guardián. Nadie, ni siquiera Don Bosco, supo nunca de

dónde venía ni quién era su amo. Carlos Tomatis dijo algo más: “Era un perro con un aspecto verdaderamente formidable y a veces Mamá Margarita, al verlo, exclamaba: “¡Oh, qué bestia más fea! Parecía casi un lobo, con el hocico alargado, las orejas hacia arriba, el pelaje gris, un metro de altura” (MB IV, 712). No en vano inspiraba temor a quienes no lo conocían. Sin embargo, Card. Cagliero atestigua: “Vi a la querida bestia una tarde de invierno” (MB IV, 716).

¡Querida bestia!!! ¡para los amigos!...

Una vez, en lugar de acompañar a Don Bosco a casa, le impidió salir. Era tarde y Mamá Margarita trató de disuadir a su hijo de salir, pero él estaba decidido y pensó en hacerse acompañar por algunos muchachos mayores. En la puerta de la casa encontraron al perro tumbado. “¡Oh, el Gris -dijo Don Bosco-, levántate y ven!”. Pero el perro, en vez de obedecer, emitió un aullido de miedo y no se movió. Dos veces intentó Don Bosco pasar y dos veces el Gris se lo impidió. Entonces intervino Mamá Margarita: «*Se 't veule nen scoteme me, scota almeno 'l can, seurt nen!*» (Si no quieres hacerme caso, al menos hazle caso al perro, no salgas). Y el perro ganó. Más tarde se supo que unos sicarios esperaban fuera para quitarle la vida (MB IV, 714).

Así que el Gris salvó varias veces la vida de Don Bosco. Pero nunca aceptaba comida ni ningún otro tipo de recompensa. Aparecía de repente y desaparecía en el aire cuando la misión estaba cumplida.

Pero entonces, ¿qué clase de perro era el Gris? Un día de 1872, Don Bosco fue huésped de los Baroni Ricci en su casa de campo de Madonna dell'Olmo, cerca de Cuneo. La baronesa Azeglia Fassati, esposa del barón Carlos, sacó el tema del Gris y Don Bosco dijo: “Dejemos en paz al *Gris*, hace tiempo que no lo veo”. Hacía dos años que había dicho en 1870: «*¡Este perro es verdaderamente algo extraordinario en mi vida! Decir que es un ángel, haría reír; pero tampoco se puede decir que sea un perro ordinario, porque el otro día lo volví a ver*» (MB X, 386). ¿Podría haber sido ésa la ocasión de Moncucco?

Pero en otra ocasión llegó a decir: «De vez en

cuando me venía el pensamiento de buscar el origen de aquel perro... No sé otra cosa que aquel animal fue para mí una verdadera providencia» (MB IV, 718).

¡Como el perro de San Roque! Ciertos fenómenos escapan a la red de la investigación científica. Para los que creen ninguna explicación es necesaria; para los que no creen, ninguna explicación es posible.

Me siento como en el paraíso. La primera Misa de Navidad en Valdocco

La primera Misa de Navidad celebrada por Don Bosco en Valdocco fue en 1846. Después de obtener el permiso para celebrarla en la pobre capilla de Pinardi, comenzó a preparar las almas de sus muchachos enseñándoles a hacer la Sagrada Comunión, las visitas al Santísimo Sacramento y a aprender algunos cantos devotos. Don Lemoyne cuenta.

“La fiesta de la Inmaculada Concepción era una preparación para la de la Santa Navidad. Grande era la fe de Don Bosco por todos los misterios de Nuestra Santa Religión. Por eso, para expresar su devoción a la Encarnación del Verbo Divino con un impulso más fuerte del corazón, y para excitarla y promoverla más en los demás, pidió a la Santa Sede la facultad de administrar la Sagrada Comunión en la medianoche de la Nochebuena, en la capilla del Oratorio a la hora de la solemne Misa cantada. Pío IX se la concedió por tres años. Después de anunciar la feliz noticia a los jóvenes, preparó e hizo aprender a sus cantores una pequeña misa y algunos cantos devotos que había compuesto en honor del Niño Jesús, y

mientras tanto decoró lo mejor que pudo su pequeña iglesia. Además de los jóvenes, se invitó a otros fieles y comenzó la novena. El Arzobispo le había permitido impartir la bendición con el Venerable siempre que lo deseara; pero sólo en esas ocasiones podía guardar la Sagrada Eucaristía en el sagrario.

Grande fue la concurrencia, habiendo infundido en el alma de sus pequeños amigos sentimientos de gran ternura hacia el Divino Niño. Como era el único sacerdote, confesaba al atardecer de los nueve días a muchos que deseaban hacer la Sagrada Comunión al día siguiente. Por la mañana bajaba a tiempo a la iglesia para dar este consuelo a los artesanos que tenían que ir a trabajar. Celebrada la Santa Misa, distribuía la Santísima Eucaristía, predicaba a continuación y, tras el canto de las profecías realizado por algunos catequistas a los que había instruido, impartía la bendición con el Santísimo Sacramento.

La tarde de aquella noche memorable, después de haber confesado hasta las once, cantó una misa, administró la sagrada Comunión a varios centenares de personas, y luego, conmovido hasta las lágrimas, se le oyó exclamar – ¡Qué consuelo! ¡Me siento como en el paraíso! – Terminada la misa, distribuyó una pequeña cena a los jóvenes y los envió a sus casas a descansar.

Después de algunas horas de sueño, volvía a la iglesia, esperaba a la multitud que no había podido asistir a la solemnidad de la noche, confesaba, celebraba las otras dos misas, comulgaba y luego reanudaba todas sus múltiples ocupaciones festivas.

De este modo se celebró durante varios años la novena y la fiesta de la Santa Navidad, hasta que Don Bosco no tuvo más sacerdotes en la casa.

Pero estas primeras fiestas de Navidad tenían un carácter especial e inolvidable, porque marcaron la definitiva toma de posesión de la mencionada casa Pinardi, ya que todo estaba ahora en orden para el funcionamiento regular del Oratorio; y confirmaban las promesas de los futuros vastos edificios que contarían la bondad del Señor a las generaciones

venideras. Don Bosco en este día mientras recitaba el oficio divino, con la mente llena de sus planes, con qué afecto debió exclamar: – Hemos recibido, oh Dios, tu misericordia en medio de tu templo. ¡Cuál es tu nombre, oh Dios, tal sea tu gloria hasta los confines de la tierra! ¡De justicia está llena tu diestra! (MB II, 582-585)».

Las Misas de la Santa Nochebuena fueron celebradas por Don Bosco desde ahora hasta los últimos años de su vida, con una alegría especial que resplandecía en su rostro. Pero no era sólo esta alegría la que suscitaba en todos una viva devoción, sino también las exhortaciones que hacía a sus pequeños amigos para que se preparasen bien para la Navidad. Decía:

“Mañana comienza la novena de la Santa Navidad. Se cuenta que un día, un devoto del Niño Jesús, que atravesaba un bosque en tiempo de invierno, oyó los gemidos de un niño, y adentrándose en el bosque hacia el lugar desde donde oyó la voz, vio a un hermoso niño que lloraba. Movidó a compasión, dijo:

– Pobre niño, ¿cómo es que te encuentras aquí, tan abandonado en esta nieve?

Y el niño respondió

– ¡Ay! ¿Cómo no voy a llorar, cuando me ves tan abandonado por todos? ¿Sin que nadie tenga compasión de mí?

Dicho esto, desapareció. Entonces comprendió aquel buen viajero que era el mismo niño Jesús, que se quejaba de la ingratitud y frialdad de los hombres.

Os he contado este hecho, para que procuremos que Jesús no tenga que quejarse también de nosotros. Preparémonos, pues, para hacer bien esta novena. Por la mañana, a la hora de la Misa, se cantarón las Profecías, habrá unas palabras de sermón y luego la bendición. Dos cosas os recomiendo durante estos días, para pasar santamente la novena:

1. Acordaos a menudo del Niño Jesús, del amor que os trae y de las pruebas que os ha dado de su amor hasta morir

por vosotros. Por la mañana, levantándoos inmediatamente al toque de la campana, sintiendo el frío, acordaos del Niño Jesús tiritando de frío sobre la paja. A lo largo del día, animaos a estudiar bien la lección, a hacer bien el trabajo, a estar atentos en la escuela por amor a Jesús. No olvidéis que Jesús avanzaba en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres. Y sobre todo, por amor de Jesús, guardaos de caer en alguna falta que pueda disgustarle.

2. Id a menudo a verle. Envidiamos a los pastores que fueron a la cabaña de Belén, que lo vieron nada más nacer, que le besaron la mano y le ofrecieron sus regalos. ¡Qué suerte tienen los pastores! Pero no tenemos nada que envidiarles, porque su suerte es también la nuestra. El mismo Jesús, que fue visitado por los pastores en su cabaña, está aquí en el sagrario. La única diferencia es que los pastores lo veían con los ojos del cuerpo, nosotros lo vemos sólo por la fe, y no hay nada que podamos hacer para agradarle más que visitarlo a menudo. ¿Y cómo vamos a visitarlo? Principalmente, comulgando a menudo. En el Oratorio, especialmente en esta novena, ha habido siempre un gran compromiso, un gran fervor por la Comunión, y espero que vosotros hagáis lo mismo este año. Otro modo es ir a la iglesia algunas veces durante el día, aunque sólo sea un minuto, recitando aunque sólo sea un Gloria Patri. ¿Entendéis?

Dos cosas, pues, haremos para santificar esta novena. ¿Cuáles son? ¿Quién puede repetirlas?

Acordaos a menudo del Niño Jesús, acercarse a Él con la Santa Comunión y la visita a la iglesia (MB VI, 351-352)".

Las palabras de Don Bosco son válidas también hoy. Si dieron fruto en el pasado, también pueden darlo hoy, si las seguimos con fe viva.

El ejercicio de la “buena muerte” en la experiencia educativa de Don Bosco (5/5)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

4. Conclusión

En el epílogo de la vida de Francisco Besucco, Don Bosco hace explícito el núcleo de su mensaje:

“Me gustaría que llegáramos juntos a una conclusión, que sería ventajosa para mí y para usted. Es cierto que tarde o temprano la muerte nos llegará a ambos, y tal vez la tengamos más cerca de lo que podemos imaginar. También es cierto que si no hacemos buenas obras durante nuestra vida, no podremos recoger el fruto de ellas en el momento de la muerte, ni podemos esperar recompensa alguna de Dios. [...] Anímese, oh lector cristiano, a hacer buenas obras mientras haya tiempo; los sufrimientos son breves, y lo que se disfruta dura para siempre. [...] Que el Señor te ayude, me ayude, a perseverar en la observancia de sus preceptos durante los días de la vida, para que un día podamos ir a disfrutar en el cielo de ese gran bien, de ese bien supremo por los siglos de los siglos. Así sea”.^[1]

Es en este punto, de hecho, donde convergen los temas de Don Bosco. Todo lo demás parece funcional: su arte de educar, su acompañamiento afectuoso y creativo, los consejos que ofrecía y el programa de vida, la devoción mariana y los sacramentos, todo está orientado hacia el objeto primordial de sus pensamientos y preocupaciones, el *gran asunto de la salvación eterna*.^[2]

Así, en la práctica educativa del santo turinés, el ejercicio mensual de la buena muerte continúa una rica tradición espiritual, adaptándola a la sensibilidad de sus

jóvenes y con una marcada preocupación educativa. En efecto, la revisión mensual de la propia vida, la rendición de cuentas sincera al confesor-director espiritual, el estímulo a ponerse en estado de conversión constante, la reconfirmación del don de sí a Dios y la formulación sistemática de proposiciones concretas, orientadas hacia la perfección cristiana, son sus momentos centrales y constitutivos. Incluso las letanías de la buena muerte no tenían otra finalidad que alimentar la confianza en Dios y ofrecer un estímulo inmediato para acercarse a los sacramentos con especial conciencia. Eran también -como muestran las fuentes narrativas- una herramienta psicológica eficaz para hacer familiar el pensamiento de la muerte, no de forma angustiosa, sino como incentivo para valorar constructiva y gozosamente cada momento de la vida con vistas a la “bendita esperanza”. El énfasis, de hecho, estaba en la vida virtuosa y alegre, en el ‘*servite Domino in laetitia*’.

[1] Bosco, *El pastorcillo de los Alpes*, 179-181.

[2] Así concluye la Vida de Domingo Savio: «Y entonces con la hilaridad en el rostro, con la paz en el corazón iremos al encuentro de nuestro Señor Jesucristo, que nos acogerá con bondad para juzgarnos según su gran misericordia y conducirnos, como espero para ti y para mí, oh lector, de las tribulaciones de la vida a la eternidad bienaventurada, para alabarle y bendecirle por todos los siglos. Así sea», Bosco, *Vida del joven Domingo Savio*, 136.

El ejercicio de la “buena muerte” en la experiencia educativa de Don Bosco (4/5)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

3. La muerte como momento del encuentro gozoso con Dios

Como todas las consideraciones e instrucciones de *El joven Instruido*, la meditación sobre la muerte se caracteriza por una marcada preocupación didáctica.^[1] El pensamiento de la muerte como un momento que fija toda la eternidad debe estimular el propósito sincero de una vida buena y virtuosa que sea fructífera:

“Considere que el punto de la muerte es ese momento del que depende su salud eterna o su condenación eterna. [...] ¿Entiendes lo que digo? Quiero decir que de ese momento depende que vayas eternamente al cielo o al infierno; que seas siempre feliz, o siempre afligido; que seas siempre hijo de Dios, o siempre esclavo del diablo; que te regocijes siempre con los ángeles y los santos en el cielo, o gimas y ardas eternamente con los condenados en el infierno.

Teme mucho por tu alma y piensa que de una buena vida depende una buena muerte y una eternidad de gloria; por eso no pierdas tiempo en hacer una buena confesión, prometiendo al Señor perdonar a tus enemigos, reparar el escándalo que has dado, ser más obediente, no perder más el tiempo, guardar las fiestas sagradas, cumplir con los deberes de tu estado. Mientras tanto, ponte ante tu Señor y dile de corazón: Señor mío, desde ahora me vuelvo a ti; te amo, quiero servirte y quiero servirte hasta la muerte. Virgen Santísima, madre mía, ayúdame en ese momento. Jesús, José y María, que mi alma parta en paz con vosotros”.^[2]

Pero la más completa y también la más expresiva de

las visiones y marcos culturales de Don Bosco sobre el tema de la muerte la encontramos en su primer texto narrativo, compuesto en memoria de Luis Comollo (1844). Allí relata la muerte de su amigo “en el acto de pronunciar los nombres de Jesús y María, siempre sereno y riendo en su rostro, moviendo una dulce sonrisa como quien se sorprende ante la vista de un objeto maravilloso y juguetón, sin hacer ningún movimiento”.^[3] Pero el plácido fallecimiento tan sucintamente descrito había sido precedido por una detallada descripción de una atormentada enfermedad final: “Un alma tan pura y de tan bellas virtudes adornadas, como era la de Comollo, diríamos que no tenía nada que temer cuando se acercaba la hora de la muerte. Sin embargo, él también sintió una gran aprensión”.^[4] Luis había pasado la última semana de su vida “siempre triste y melancólico, absorto en el pensamiento de los juicios divinos”. En la tarde del sexto día, “le asaltó un ataque de fiebre convulsiva tan fuerte que le privó del uso de razón. Al principio lanzó un fuerte gemido como si hubiera sido aterrorizado por algún objeto espantoso; al cabo de media hora, volviendo en sí y mirando fijamente a los espectadores, prorrumpió en tal exclamación: ¡Oh Juicio! Entonces empezó a forcejear con tal fuerza, que cinco o seis de los que estábamos de espectadores apenas pudimos mantenerlo en la cama”.^[5] Tras tres horas de delirio, “recobró la plena conciencia de sí mismo” y confió a su amigo Bosco el motivo de su agitación: le había parecido encontrarse frente a un infierno abierto de par en par, amenazado por “una banda innumerable de monstruos”, pero había sido rescatado por un equipo “de fuertes guerreros” y luego, conducido de la mano de “una Mujer” (“a la que juzgo nuestra Madre común”), se había encontrado “en un jardín de lo más delicioso”, razón por la que ahora se sentía tranquilo. Así, 2tan grande como era antes del miedo y el temor de comparecer ante Dios, tanto más alegre se mostró después y deseoso de que llegara ese momento; ya no había tristeza ni melancolía en su rostro, sino un aspecto totalmente alegre y jovial, de tal manera que siempre quería

cantar salmos, himnos o loas espirituales”.^[6]

La tensión y la angustia se resuelven en una gozosa experiencia espiritual: es la visión cristiana de la muerte sostenida por la certeza de la victoria sobre el enemigo infernal por el poder de la gracia de Cristo, que abre las puertas de la eternidad bienaventurada, y por la asistencia maternal de María. Es bajo esta luz que debe interpretarse el relato de Comollo. El “abismo profundo como un horno” cerca del cual se encuentra, la “hueste de monstruos de forma espantosa” que intentan arrojarle al abismo, los “fuertes guerreros” que le liberan “de semejante aprieto”, la larga escalera que conduce al “maravilloso jardín” defendido “por muchas serpientes dispuestas a devorar a quien ascienda por él”, la Mujer “vestida con la mayor pompa” que le lleva de la mano, le guía y le defiende: todo se remonta a esa imaginería religiosa que encierra en forma de símbolos y metáforas una sólida teología de la salvación, la convicción del destino personal a la eternidad feliz y la visión de la vida como un viaje hacia la beatitud, minado por enemigos infernales pero sostenido por la ayuda omnipotente de la gracia divina y el patrocinio de María. El gusto romántico, impregnado por la intensa emotividad y dramatismo por el dato de fe, recurre espontáneamente al simbolismo popular tradicional, pero el horizonte es el de una visión ampliamente optimista e históricamente operativa de la fe.

Más adelante, Don Bosco relata un extenso discurso de Luis. Es casi un testamento en el que emergen dos temas principales interrelacionados. El primero es la importancia de cultivar durante toda la vida el pensamiento sobre la muerte y el juicio. Los argumentos son los de la predicación actual y la actual divulgación devota: “Aún no sabéis si los días de vuestra vida serán cortos o largos; pero, sea cual sea la incertidumbre de la hora, su llegada es segura; procurad, pues, que toda vuestra vida no sea más que una preparación para la muerte, para el Juicio. La mayoría de los hombres no piensan seriamente en ello, “así que cuando se acerca la hora

permanecen confusos, iy los que mueren confundidos en su mayoría van eternamente confundidos! Dichosos los que pasan sus días en obras santas y piadosas y se encuentran preparados para ese momento”.^[7]

El segundo tema es el vínculo entre la devoción mariana y la buena muerte. “Mientras militemos en este mundo de lágrimas, no tenemos un patrocinio más poderoso que el de la Santísima Virgen María [...]. Oh, si los hombres pudieran persuadirse de la alegría que les produce en el momento de la muerte haber sido devotos de María, todos competirían por encontrar nuevas formas de ofrecerle honores especiales. Ella será quien, con su Hijo en brazos, forme nuestra defensa contra el enemigo de nuestra alma en la última hora; aunque el infierno se alce contra nosotros, con María en nuestra defensa, la victoria será nuestra”. Por supuesto, tal devoción debe ser corregida: “Cuidado, sin embargo, con aquellos que, para recitar algunas oraciones a María, para ofrecerle algunas mortificaciones, se creen protegidos por ella, mientras llevan una vida completamente libre y desordenada. [...] Sed siempre verdaderos devotos de María imitando sus virtudes y experimentaréis los dulces efectos de su bondad y de su amor”.^[8] Estas razones se acercan a las presentadas por Louis-Marie Grignon de Montfort (1673-1716) en el tercer capítulo del *Traité de la vraie dévotion à la sainte Vierge* (que, sin embargo, ni Comollo ni Juan Bosco podrían haber conocido).^[9] Toda la mariología clásica, transmitida por la predicación y los libros ascéticos, insistía en tales aspectos: los encontramos en San Alfonso (*Glorie di Maria*)^[10]; antes que él en los escritos de los jesuitas Jean Crasset y Alexander Diaotallevi,^[11] de cuya obra se dice que Comollo se inspiró para la invocación elevada ante la muerte “con voz franca”:

“Virgen Madre Benigna, amada madre de mi amado Jesús, tú que sólo entre todas las criaturas fuiste digna de llevarlo en tu virginal e inmaculado seno, Oh por ese amor con

que lo amamantaste, lo sostuviste amorosamente en tus brazos, por lo que sufriste cuando fuiste su compañera en su pobreza, cuando lo viste entre azotes, escupitajos y flagelos, y finalmente muriendo en la Cruz; te ruego por todo esto obtén para mí el don de la fortaleza, la fe viva, la esperanza firme, la caridad inflamada, con sincero dolor por mis pecados, y a los favores que me has obtenido a lo largo de mi vida, añade la gracia de que pueda tener una santa muerte. Sí, querida Madre misericordiosa, ayúdame en este momento en que estoy a punto de presentar mi alma al Juicio Divino, preséntala tú misma en los brazos de tu Divino Hijo; que si tanto me prometes, he aquí que con ánimo audaz y franco, apoyándome en tu clemencia y bondad, presento esta alma mía por tus manos a esa Majestad Suprema, cuya misericordia espero alcanzar.^[12]

Este texto muestra la solidez del marco teológico que subyace al sentimiento religioso del que está impregnado el relato, y revela una devoción mariana “reglamentada”, una espiritualidad austera y muy concreta.

Los *Apuntes* sobre la vida de Luis Comollo, con toda su tensión dramática, representan la sensibilidad de Juan Bosco como seminarista y alumno del Internado Eclesiástico. En años posteriores, a medida que crecía su experiencia educativa y pastoral entre adolescentes y muchachos, el Santo prefirió destacar sólo el lado alegre y tranquilizador de la muerte cristiana. Lo vemos sobre todo en las biografías de Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besucco, pero encontramos ejemplos de ello ya en el *Joven Instruido* donde, narra la santa muerte de Luis Gonzaga, afirma: “Las cosas que pueden perturbarnos en el momento de la muerte son sobre todo los pecados de la vida pasada y el temor de los castigos divinos para la otra vida”, pero si le imitamos llevando una vida virtuosa, “verdaderamente angélica”, podremos acoger con alegría el anuncio de la muerte como él, cantando el *Te Deum* llenos de “alegría” – “Oh qué alegría, nos vamos: *Laetantes imus*” – y “en el beso del crucificado Jesús expiró

plácidamente. Qué muerte tan hermosa!”.^[13]

Las tres *Vidas* concluyen con la invitación a prepararse para hacer una buena muerte. En la pedagogía de Don Bosco, como se ha dicho, el tema se declinaba con acentos particulares, en función de la conversión del corazón “franco y decidido”^[14] y del don total de sí a Dios, que genera un vivir ardiente, fecundo de frutos espirituales, de compromiso ético y al mismo tiempo gozoso. Esta es la perspectiva en la que, en estas biografías, Don Bosco presenta el ejercicio de la buena muerte:^[15] es un excelente instrumento para educar en la visión cristiana de la muerte, para estimular una revisión eficaz y periódica del propio estilo de vida y de las propias acciones, para fomentar una actitud de constante apertura y cooperación a la acción de la gracia, fecunda en obras, para disponer positivamente el alma al encuentro con el Señor. No es casualidad que los capítulos finales describan las últimas horas de los tres protagonistas como una ferviente y serena espera del encuentro. Don Bosco relata los diálogos serenos, los “encargos” confiados a los moribundos^[16], las despedidas. El instante de la muerte se describe entonces casi como un éxtasis dichoso.

En los últimos momentos de su vida, Domingo Savio hizo que su padre le leyera las oraciones de la buena muerte:

“Repitió cada palabra cuidadosa y distintamente; pero al final de cada parte quiso decirse a sí mismo: ‘Jesús misericordioso, ten piedad de mí’. Llegó a las palabras: “Cuando por fin mi alma se presente ante ti, y vea por primera vez el esplendor inmortal de tu majestad, no la rechaces de tu presencia, sino dignate recibirme en el seno amoroso de tu misericordia, para que pueda cantar eternamente tus alabanzas”. “Pues, añadió, esto es precisamente lo que deseo. Oh, querido padre, cantar eternamente las alabanzas del Señor”. Entonces pareció volver a adormecerse un poco, como alguien que está pensando seriamente en algo de gran importancia. Poco después se despertó y con voz clara y

risueña: “Adiós, querido papá, adiós: el sacerdote aún quería decirme algo más, y ya no me acuerdo... ¡Oh! qué cosa más bonita he visto nunca...”. Así, diciendo y riendo con aire paradisiaco, expiró con las manos juntas delante del pecho en forma de cruz, sin hacer el menor movimiento.^[17]

Miguel Magone falleció “plácidamente”, “con la serenidad ordinaria de su rostro y con la risa en los labios”, tras besar el crucifijo e invocar: “Jesús, José y María, pongo mi alma en vuestras manos”.^[18]

Los últimos momentos de la vida de Francisco se caracterizan por fenómenos extraordinarios y un ardor incontenible: “Parecía como si en su rostro resplandeciera una belleza, un esplendor tal que hacía desaparecer todas las demás luces de la enfermería”; “levantando un poco la cabeza y extendiendo las manos todo lo que podía, como se estrecha la mano de un ser querido, comenzó con voz alegre y sonora a cantar así: Alabada sea María [...]. Después hizo varios esfuerzos para elevar más su persona, que de hecho estaba siendo elevada, mientras extendía las manos unidas en forma devota, y de nuevo comenzó a cantar así: *Oh Jesús de amor ardiente* [...]. Parecía haberse convertido en un ángel con los ángeles del paraíso”.^[19]

[\(continuación\)](#)

^[1] Cf. Bosco, *El Joven Instruido*, 36-39 (consideración para el martes: *la muerte*).

^[2] *Ibidem*, 38-39.

^[3] [Juan Bosco], *Cenni storici sulla vita del chierico Luigi Comollo morto nel Seminario di Chieri ammirato da tutti per le sue singolari virtù. Scritti da un suo collega*, Torino, Tipografia Speirani e Ferrero, 1844, 70-71.

[\[4\]](#) Ibídem, 49.

[\[5\]](#) Ibídem, 52-53.

[\[6\]](#) Ibídem, 53-57.

[\[7\]](#) Ibídem, 61.

[\[8\]](#) Ibídem, 62-63.

[\[9\]](#) La obra de Grignion de Monfort no fue descubierta hasta 1842 y publicada en Turín por primera vez quince años más tarde: *Trattato della vera divozione a Maria Vergine del ven. servo di Dio L. Maria Grignion de Montfort*. Versión del francés de C. L., Turín, Tipografía P. De-Agostini, 1857.

[\[10\]](#) Segunda parte, capítulo IV (*Diversas exequias de devoción a la divina Madre con sus prácticas*), donde el autor afirma que para obtener la protección de María «son necesarias dos cosas: la primera es que le ofrezcamos nuestras exequias con el alma limpia de pecados [...]. La segunda condición es que perseveremos en su devoción» (*Le glorie di Maria di sant'Alfonso Maria de' Liguori*, Turín, Giacinto Marietti, 1830, 272).

[\[11\]](#) Jean Crasset, *La vera devozione verso Maria Vergine stabilita e difesa*. Venezia, nella stamperia Baglioni, 1762, 2 vols.; Alessandro Diotallevi, *Trattenimenti spirituali per chi desidera d'avanzarsi nella servitù e nell'amore della Santissima Vergine, dove si ragiona sopra le sue feste e sopra gli Evangelii delle domeniche dell'anno applicandoli alle meditoli alla medesima Vergine con rari avvenimenti*, Venezia, presso Antonio Zatta,

1788, 3 vols.

[\[12\]](#) [Bosco], *Cenni storici sulla vita del chierico Luigi*

Comollo, 68-69; cf. Diotallevi, *Trattenimenti spirituali...*, vol. II. II, pp. 108-109 (Trattenimento XXVI: *Colloquio dove l'anima supplica la B. Virgen María que sea su Abogada en la gran causa de su salud*).

[13] Bosco, *El Joven Instruido*, 70-71.

[14] Cf. Bosco, *Bosquejo biográfico sobre el joven Mago Miguel*, 24.

[15] Por ejemplo, cf. Bosco, *Vida del joven Domingo Savio*, 106-107: 'La mañana de su partida hizo con sus compañeros el ejercicio de la buena muerte con tal devoción al confesar y comulgar, que yo, que fui testigo de ello, no sé cómo expresarlo. Es necesario, dijo, que haga bien este ejercicio, porque espero que sea verdaderamente para mí el de mi buena muerte'.

[16] «Pero antes de dejaros partir hacia el paraíso me gustaría encargaros un encargo [...]. Cuando estéis en el paraíso y hayáis visto a la gran Virgen María, dadle un humilde y respetuoso saludo de mi parte y de parte de los que están en esta casa. Rezadle para que se digne darnos su santa bendición; para que nos acoja a todos bajo su poderosa protección y nos ayude a que no se pierda ninguno de los que están o de los que la Divina Providencia enviará a esta casa», Bosco, *Cenno biografico sul giovanetto Magone Michele*, 82.

[17] Bosco, *Vida del joven Domingo Savio*, 118-119.

[18] Bosco, *Bosquejo biográfico sobre el joven Magone Michele*, 83. Don Zattini al ver aquella muerte serena no contuvo su emoción y «pronunció estas graves palabras: ¡Oh muerte! no eres un azote para las almas inocentes; para ellas eres el mayor bienhechor les abres la puerta al goce de bienes que nunca más se perderán. Oh, ¿por qué no puedo estar en tu lugar, oh amado Miguel?» (ibiId., 84).

[19] Juan Bosco, *Il pastorello delle Alpi ovvero vita del giovane Besucco Francesco d'Argentera*, Turín, Tip. dell'Orat. di S. Franc. di Sales, 1864, 169-170.

Don Bosco y su madre

En 1965 se conmemoró el 150 aniversario del nacimiento de Don Bosco. Entre las conferencias para la ocasión hubo una pronunciada por Mons. Giuseppe Angrisani, entonces Obispo de Casale, y Presidente Nacional de los Exalumnos Sacerdotes. El orador en su discurso, refiriéndose a Mamá Margarita, dijo de Don Bosco: *“Afortunadamente para él esa madre estuvo a su lado durante muchos años, y pienso y creo no equivocarme al decir que el águila de los Becchi no habría volado hasta los confines de la tierra si la golondrina de la Serra di Capriglio no hubiera venido a anidar bajo la viga de la humildísima casa de la familia Bosco”* (BS, sept. 1966, p. 10).

La del ilustre orador era una imagen muy poética que, sin embargo, expresaba una realidad. No en vano, 30 años antes, G. Joergensen, sin querer profanar la Sagrada Escritura, se permitió comenzar su Don Bosco publicado por la SEI con las palabras: *“En el principio estaba la madre”*.

La influencia materna en las actitudes religiosas del niño y en la religiosidad del adulto es reconocida por los expertos en psicología religiosa y es, en nuestro caso, más que evidente: San Juan Bosco, que siempre tuvo la mayor veneración por su madre, copió de ella un profundo sentido religioso de la vida. *“Dios dominaba la mente de Don Bosco como un sol meridiano”* (Pietro Stella).

Dios en la cima de sus pensamientos

Es un hecho fácil de documentar: Don Bosco siempre

tuvo a Dios en la cima de todos sus pensamientos. Hombre de acción, fue ante todo un hombre de oración. Él mismo recuerda que fue su madre quien le enseñó a rezar, es decir, a conversar con Dios:

– Me hacía arrodillarme con mis hermanos por la mañana y por la noche, y todos juntos rezábamos nuestras oraciones (MO 21-22).

Cuando Juan tuvo que abandonar el techo materno e ir a trabajar como peón a la granja de Moglia, la oración era ya su alimento y consuelo habituales. En aquella casa de Moncucco “los deberes de buen cristiano se cumplían con la regularidad de inveterados hábitos domésticos, siempre tenaces en las familias campesinas, muy tenaces en aquellos días de sana vida campestre” (E. Ceria). Pero Juan ya hacía algo más: rezaba de rodillas, rezaba a menudo, rezaba largamente. Incluso fuera de casa, mientras llevaba las vacas a pastar, se detenía de vez en cuando a rezar.

Su mamá también le había inculcado en su corazón una tierna devoción a la Santísima Virgen. Cuando entró en el seminario, ella le dijo:

– Cuando viniste al mundo, te consagré a la Santísima Virgen; cuando comenzaste tus estudios, te recomendé la devoción a esta nuestra Madre; y si llegas a ser sacerdote, recomienda y propaga siempre la devoción a María (MO, 89).

Mamá Margarita, después de haber educado a su hijo Juan en la casita de los Becchi, después de haberle seguido maternalmente y de haberle animado en su duro camino vocacional, vivió diez años más a su lado, cubriendo una delicadísima función materna en la educación de aquellos jóvenes que había reunido, con un estilo que pervive en tantos aspectos de la praxis educativa de Don Bosco: conciencia de la presencia de Dios, laboriosidad que es sentido de la dignidad humana y cristiana, valentía que inspira obras, razón que es diálogo y aceptación del otro, amor exigente pero reconfortante.

Sin duda alguna, por tanto, la madre desempeñó un

papel singular en la educación y el apostolado temprano de su hijo, influyendo profundamente en el espíritu y el estilo de su obra futura.

Don Bosco, hecho sacerdote y dedicado a la juventud, dio a su obra el nombre de Oratorio. No en vano el centro propulsor de todas las obras de Don Bosco se llamaba Oratorio. El título indica la actividad dominante, la finalidad principal de una empresa. Y Don Bosco, como él mismo confesó, dio el nombre de Oratorio a su “casa” para indicar claramente que la oración era el único poder con el que contaba.

No disponía de ningún otro poder para animar sus oratorios, poner en marcha el hospicio, resolver el problema del pan cotidiano, sentar las bases de su Congregación. Muchos, lo sabemos, llegaron a dudar de su cordura.

Lo que los grandes no entendían, lo entendían en cambio los pequeños, es decir, los jóvenes que, después de conocerle, ya no podían separarse de él. Veían en él la imagen viva del Señor. Siempre tranquilo y sereno, todo a su disposición, ferviente en la oración, gracioso en el hablar, paternal en guiarles hacia el bien, manteniendo siempre viva en todos la esperanza de la salvación. Si alguien, afirmaba un testigo, le hubiera preguntado a bocajarro: Don Bosco, ¿adónde va? él habría respondido: ¡Vamos al Paraíso!

Este sentido religioso de la vida, que impregnaba todas las obras y escritos de Don Bosco, era una herencia evidente de su madre. La santidad de Don Bosco procedía de la fuente divina de la Gracia y tenía como modelo a Cristo, maestro de toda perfección, pero estaba enraizada en un valor espiritual materno, la sabiduría cristiana. El árbol bueno produce frutos buenos.

Ella se lo había enseñado

La madre de Don Bosco, Margarita Occhiena, desde noviembre de 1846, cuando a los 58 años de edad, había dejado su casita de los Becchi, compartía con su hijo en Valdocco una

vida de privaciones y sacrificios gastada por los chicos de la periferia de Turín. Habían pasado cuatro años y ahora sentía que sus fuerzas menguaban. Un gran cansancio había penetrado en sus huesos, una fuerte nostalgia en su corazón. Entró en la habitación de Don Bosco y le dijo: *“Escúchame, Juan, ya no es posible seguir así. Cada día los chicos me hacen una. Ahora tiran mi ropa limpia tendida al sol en el suelo, ahora pisotean mis verduras en el huerto. Me rompen la ropa de tal manera que no hay forma de remendarla. Pierden calcetines y camisas. Se llevan las herramientas de la casa para sus diversiones y me hacen dar vueltas todo el día para encontrarlas. Yo, en medio de esta confusión, pierdo la cabeza, ¡Ya ves! Casi, casi, me vuelvo a los Becchi”*.

Don Bosco miró fijamente el rostro de su madre, sin hablar. Luego señaló el Crucifijo que colgaba de la pared. Mamá Margarita comprendió. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

– *Tienes razón, tienes razón, exclamó;* y volvió a sus quehaceres, durante otros seis años, hasta su muerte (G.B. LEMOYNE, Mamá Margarita, Turín, SEI, 1956, p. 155-156).

Mamá Margarita alimentaba una profunda devoción a la Pasión de Cristo, a esa Cruz que daba sentido, fuerza y esperanza a todas sus cruces. Así se lo había enseñado a su hijo. Le bastaba una mirada al Crucifijo. Para ella, la vida era una misión que cumplir, el tiempo un don de Dios, el trabajo una contribución humana al plan del Creador, la historia humana algo sagrado porque Dios, nuestro Señor, Padre y Salvador, está en el centro, principio y fin del mundo y del hombre.

Ella había enseñado todo esto a su hijo con la palabra y el ejemplo. Madre e hijo: una fe y una esperanza puestas sólo en Dios, y una ardiente caridad que ardió en su corazón hasta la muerte.

El ejercicio de la “buena muerte” en la experiencia educativa de Don Bosco (3/5)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

2. Las letanías de la buena muerte en el contexto de la espiritualidad juvenil promovida por Don Bosco

Las letanías de la buena muerte incluidas en el *Joven Instruido* merecen un tema aparte, ya que sólo constituían un momento del ejercicio, el emocionalmente más intenso. De hecho, el núcleo de la práctica mensual era el examen de conciencia, la confesión bien hecha, la comunión ferviente, la decisión de entregarse totalmente a Dios y la formulación de proposiciones operativas de carácter moral y espiritual. En los volúmenes de predicación o en los manuales de los siglos anteriores no encontramos textos análogos a la secuencia de letanías de la *Joven Instruido*, cuya composición Don Bosco atribuye a “una mujer protestante convertida a la religión católica a los 15 años y muerta a los 18 en olor de santidad”.^[1] La había extraído de libros piadosos publicados en aquella época en Piamonte.^[2] La oración, “dotada de indulgencia por Pío VII, pero que ya circulaba a finales del siglo XVIII”,^[3] podía servir de instrumento eficaz para mover los afectos mediante la dramatización imaginativa de los últimos momentos de la vida: situaba a los fieles en su lecho de muerte, invitándoles a repasar las distintas partes del cuerpo y los sentidos correspondientes, considerados en el estado en que se encontrarían en el momento de la agonía, para sacudirlos, estimular la confianza en la misericordia divina y espolearlos a propósitos de conversión y perseverancia. Era un ejercicio en el que el espíritu romántico encontraba gusto y que Don Bosco consideraba especialmente adecuado en el plano emocional y espiritual, como se desprende de algunos de sus

textos narrativos. La fórmula tuvo gran fortuna durante el siglo XIX: la encontramos reproducida en diversas colecciones de oraciones incluso fuera del Piamonte.^[4] Nos parece interesante reproducirla en su totalidad:

Jesús Señor, Dios de bondad, Padre de misericordia, vengo ante Ti con el corazón humillado y contrito: te encomiendo mi última hora y lo que me espera después de ella.

Cuando mis pies inmóviles me avisan de que mi carrera en este mundo se acerca a su fin, *Jesús misericordioso, ten piedad de mí.*

Cuando mis manos temblorosas y entumecidas no puedan sostenerte más, Crucificado mi bien, y a mi pesar te dejare caer en el lecho de mi dolor, *misericordioso etc.,.*

Cuando mis ojos, nublados y distorsionados por el horror de la muerte inminente, fijen su mirada lánguida y moribunda en Ti, *misericordioso etc., podré verte.*

Cuando mis labios fríos y temblorosos pronuncien por última vez tu adorable y *misericordioso Nombre.*

Cuando mis mejillas pálidas y lívidas inspiran compasión y terror a los espectadores, y mis cabellos, mojados por el sudor de la muerte, se alzan sobre mi cabeza, anunciando mi fin, *misericordioso, etc.,* mi fin está cerca.

Cuando mis oídos, que están a punto de cerrarse para siempre a las habladurías de los hombres, se abran para oír tu voz, que pronunciará la sentencia irrevocable, por la que mi destino quedará fijado para toda la eternidad, *misericordioso etc.,* podré oír tu voz.

Cuando mi imaginación agitada por horribles y espantosos fantasmas se sumerja en una tristeza mortal, y mi espíritu turbado por la visión de mis iniquidades, por el temor de tu justicia, luche contra el ángel de las tinieblas, que querrá arrebatarme la consoladora visión de tus misericordias y sumirme en el seno de la desesperación, *misericordioso, etc.*

Cuando mi débil corazón oprimido por el dolor de

la enfermedad se vea sorprendido por los horrores de la muerte, y agotado por los esfuerzos que habrá realizado contra los enemigos de mi salud, *misericordioso etc.*, podré aprovechar al máximo mis fuerzas.

Cuando derrame mis últimas lágrimas, síntomas de mi destrucción, recíbalas como sacrificio de expiación, para que expire como víctima de penitencia, y en ese terrible momento, *misericordioso, etc.*, recíbelas como sacrificio de expiación.

Cuando mis parientes y amigos, agrupados a mi alrededor, se conmuevan por mi estado de dolor y te rueguen por mí, *misericordioso, etc.*, entonces podré estar en tu presencia.

Cuando haya perdido el uso de todos mis sentidos, y el mundo entero haya desaparecido de mí, y gima en la angustia de la agonía extrema y en la angustia de la muerte, *misericordioso, etc.*, podré sentir la presencia del mundo.

Cuando los últimos suspiros del corazón obliguen a mi alma a abandonar el cuerpo, acéptalos como hijos de una santa impaciencia por venir a Ti, y Tú *misericordioso etc.*

Cuando mi alma en el extremo de mis labios abandone este mundo para siempre y deje mi cuerpo pálido, frío y sin vida, acepta la destrucción de mi ser como un homenaje que vengo a rendir a tu divina majestad y entonces, *misericordiosamente, etc.*, podré darte el don de mi alma.

Cuando por fin mi alma comparezca ante ti y vea por primera vez el esplendor inmortal de tu majestad, no la rechaces de tu presencia; dignate recibirme en el seno amoroso de tu misericordia, para que pueda cantar eternamente tus alabanzas: *misericordioso, etc.*

Oración: Oh Dios, que al condenarnos a la muerte nos has ocultado su tiempo y su hora, concédeme que, pasando en justicia y santidad todos los días de mi vida, merezca salir de este mundo en tu santo amor, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo. Que así sea. [\[5\]](#)

El racionalismo del siglo XVIII y el gusto barroco por lo macabro y lo fúnebre, aún presente en la *Preparación para la Muerte de San Alfonso María de Ligorio*,^[6] fue superado en el siglo XIX por la sensibilidad romántica que prefirió seguir el camino del sentimiento, el cual, “para llegar al intelecto, va primero directamente al corazón, y haciendo sentir al corazón la fuerza y la belleza de la religión, fija la atención del intelecto y facilita su consentimiento”, como escribió monseñor Angelo Antonio Scotti.^[7] Por lo tanto, incluso en la consideración de la muerte, se consideraba excelente insistir en los resortes emocionales y los afectos para provocar una respuesta generosa al don absoluto de sí mismo hecho por el divino Salvador para la salvación de la humanidad. Los autores espirituales y los predicadores consideraban importante y necesario describir “las aflicciones y las opresiones que son inseparables de los esfuerzos que el alma debe hacer naturalmente para romper los lazos del cuerpo”,^[8] junto con la representación de la muerte serena de los justos. Querían llevar la fe a la concreción de la existencia para estimular la reforma de la moral y el propósito de una vida cristiana más genuina y ferviente: “Ciertamente, la esperanza de merecer una buena agonía y una muerte santa ha sido y será siempre el resorte más poderoso para inducir a los hombres a abandonar el vicio; ya que el espectáculo de un malvado, que muere como vivió, es una gran lección para todos los mortales”.^[9]

La secuencia de las letanías de la buena muerte incluidas en el *Joven Instruido* debe considerarse, por tanto, enteramente funcional al éxito del retiro mensual y a los ideales de vida cristiana que el Santo proponía a los jóvenes, además de estar particularmente adaptada a la sensibilidad emocional y cultural de aquel preciso momento histórico. Si hoy la lectura de esas fórmulas genera la sensación de inquietud evocada por Delumeau y ofrece una representación “del todo penosa” de la pedagogía religiosa de Don Bosco,^[10]

esto sucede sobre todo porque se extrapolan de sus marcos de referencia. En cambio, como se desprende de la práctica educativa del Oratorio y de los testimonios narrativos dejados por Don Bosco, las almas de aquellos jóvenes no sólo encontraban placer y estímulo en recitarlas, sino que contribuían eficazmente a que el ejercicio de la buena muerte fructificara en frutos morales y espirituales. Para sondear su primitiva fecundidad educativa, es necesario anclarlas al conjunto de la propuesta sustancial de vida cristiana presentada por Don Bosco y a la experiencia fervorosa y laboriosa, estimulante, del Oratorio.

El horizonte global de referencia se puede captar ya en las pequeñas meditaciones que introducen al *Joven Instruido*, donde Don Bosco pretende ante todo presentar “un método de vida breve y fácil, pero suficiente” para que los jóvenes lectores puedan “convertirse en el consuelo de sus familiares, en el honor de su patria, en buenos ciudadanos en la tierra para ser un día habitantes afortunados del Cielo”.^[11] Ante todo, les anima a “elevar la mirada”, a contemplar la belleza de la creación y la altísima dignidad del hombre, la más sublime de las criaturas, dotada de un alma espiritual hecha para amar al Señor, para crecer en virtud y santidad, destinada al Paraíso, a la comunión eterna con Dios.^[12] La consideración del ilimitado amor divino, que se nos ha revelado en el sacrificio de Cristo por la salvación de la humanidad, y de la especial predilección de Dios por los niños y los jóvenes, debe moverles a corresponder con generosidad, a “orientar toda acción” a la consecución del fin para el que han sido creados, con el firme propósito de hacer todo aquello que pueda agrandar al Señor y evitar “aquello que pueda disgustarle”.^[13] Y puesto que la salvación de una persona “depende ordinariamente del tiempo de la juventud”, es indispensable comenzar a *servir al Señor* a una edad temprana: “Si comenzamos una buena vida ahora que somos jóvenes, buenos seremos en nuestros años avanzados, buena nuestra muerte y el comienzo de la felicidad eterna. Por el contrario, si los

vicios se apoderan de nosotros en nuestra juventud, continuarán en todas nuestras edades hasta la muerte. Una garantía demasiado fatal de una eternidad de lo más infeliz.^[14]

Don Bosco invita pues a los adolescentes a entregarse “a tiempo a Dios”, a comprometerse con alegría a su servicio, superando el prejuicio de que la vida cristiana es triste y melancólica: “No es verdad, será melancólico aquel que sirva al diablo, que por más que intente mostrarse alegre, tendrá siempre un corazón que llora, diciéndole: eres infeliz porque eres enemigo de Dios [...]. Ánimo, pues, queridos míos, entregaos a tiempo a la virtud, y os aseguro que siempre tendréis un corazón alegre y contento, y sabréis lo dulce que es servir al Señor.”^[15]

La vida cristiana consiste esencialmente en servir al Señor con “santa alegría”; ésta es una de las ideas más fecundas y peculiares de la herencia espiritual y pedagógica de Don Bosco: “Si hacéis esto, ¡cuánto consuelo sentiréis a punto de morir! Por el contrario, si no esperas a servir a Dios, cuántos remordimientos sentirás al final de tus días”.^[16] El que se retrasa en la conversión, el que consume sus días en la ociosidad o en disipaciones inútiles y perjudiciales, en pecados o en vicios, corre el riesgo de no tener ya la oportunidad, el tiempo y la gracia de volver a Dios con peligro de condenación eterna.^[17] En efecto, la muerte puede sorprenderle cuando menos se lo espera: “Ay de aquel que se encuentre en ese momento para desgracia de Dios”.^[18] Pero la misericordia divina ofrece al pecador arrepentido el sacramento de la Penitencia, un medio seguro de recuperar la gracia y con ella la paz del corazón. Celebrado regularmente y con las disposiciones adecuadas, el sacramento no sólo se convierte en un instrumento eficaz de salvación, sino también en un momento educativo privilegiado en el que el confesor, el “amigo fiel del alma”, puede dirigir con seguridad al joven por el camino de la salvación y la santidad. La confesión se prepara con un buen examen de conciencia, pidiendo luz al

Señor: “Ilumíname con tu gracia, para que conozca mis pecados ahora como tú me los darás a conocer cuando comparezca ante tu juicio. Permíteme, Dios mío, detestarlos con verdadero dolor”.^[19] La celebración regular del sacramento garantiza la serenidad necesaria para vivir una vida verdaderamente feliz: “Me parece que es el medio más seguro de vivir días felices en medio de las aflicciones de la vida, al final de la cual también nos acercaremos con calma el momento de la muerte”.^[20]

La amistad con Dios recuperada a través de la Confesión encuentra su cumbre en la Comunión eucarística, momento privilegiado en el que el joven ofrece todo de sí mismo para que Dios “tome posesión” de su corazón y se convierta en su dueño indiscutible. En el acto en el que se abre sin reservas a la acción santificadora y transfiguradora de la gracia, experimenta la alegría inefable que acompaña a una auténtica experiencia espiritual y es llevado a desear ardientemente la comunión eterna con Dios: “Si quiero algo grande, voy a recibir la hostia santa en la que se encuentra el *corpusquod pro nobis traditum est*, ese mismo cuerpo, sangre, alma y divinidad, que Jesucristo ofreció a su Padre eterno por nosotros en la cruz. ¿Qué me falta para ser feliz? Nada en este mundo: sólo me falta poder gozar, revelado en el cielo, de aquel a quien ahora admiro y adoro en el altar con el ojo de la fe”.^[21]

A pesar del fuerte acento emocional que connota el sentimiento religioso del siglo XIX, la espiritualidad propuesta por Don Bosco es muy concreta. De hecho, presenta la conversión como un proceso de apropiación de las promesas bautismales, que comienza en el momento en que el joven, de forma “franca y decidida”, decide corresponder a la llamada divina,^[22] desprender su corazón del afecto al pecado para amar a Dios por encima de todo y dejarse moldear dócilmente por la gracia. La conversión se traduce así en una vida laboriosa y ardiente, animada por la caridad, en un esfuerzo positivo y alegre por la perfección, empezando por las pequeñas cosas

cotidianas. El fervor de la caridad inspira una mortificación “positiva” de los sentidos, centrada en la superación de uno mismo, la reforma de la vida, el cumplimiento puntual de los deberes, la cordialidad y el servicio al prójimo. Tal mortificación no tiene nada de aflictiva, porque es adhesión generosa a la vida con sus imprevistos y dificultades, es capacidad de soportar las adversidades cotidianas, es firmeza en la fatiga, es sobriedad y templanza, es fortaleza. Cada ocasión, por tanto, puede convertirse en una expresión del amor de Dios, un amor que impulsa a la persona a vivir y trabajar “en su presencia”, a hacerlo todo y soportarlo todo por Él.

La caridad anima la oración de un modo especial, ya que, a través de pequeñas prácticas, jaculatorias, visitas y devociones, alimenta el deseo de comunión afectuosa, se traduce en entrega incondicional, adaptación gozosa a la voluntad divina, deseo de unión mística y anhelo de la comunión eterna del Paraíso.

Don Bosco resume su propuesta en fórmulas simplificadoras, pero no baja el nivel, y recuerda constantemente a los jóvenes que es necesario decidirse con decisión: “¿Cuántas cosas, pues, necesitamos para hacernos santos? Sólo una cosa: *debes quererlo*. Sí; mientras lo desees, puedes ser santo: todo lo que necesitas es *voluntad*”. Así lo demuestran los ejemplos de santos “que vivieron en condiciones humildes, y en medio de los afanes de una vida activa”, pero se santificaron, simplemente «haciendo bien todo lo que tenían que hacer». Cumplieron con todos sus deberes para con Dios, sufriendo todo por su causa, ofreciéndole sus dolores, sus afanes: ésta es la gran ciencia de la salud y la santidad eternas. [\[23\]](#)

La experiencia de Miguel Magone, alumno del Oratorio de Valdoco, es esclarecedora. “Abandonado a sí mismo”, escribió Don Bosco, “corría el peligro de empezar a recorrer el triste camino del mal”; el Señor le invitó a seguirle; “escuchó la amorosa llamada y respondiendo

constantemente a la gracia divina llegó a suscitar la admiración de cuantos le conocían, mostrando así cuán maravillosos son los efectos de la gracia de Dios sobre quienes se esfuerzan por corresponder a ella”.^[24] Decisivo es el momento en que el muchacho, habiendo tomado conciencia de su situación y superado, con la ayuda de su educador, el profundo sentimiento de angustia y culpa que le atormentaba, sintió que “había llegado el momento de romper con el diablo” y decidió “entregarse a Dios” mediante una buena confesión y una firme resolución.^[25] Don Bosco relata las emociones y reflexiones del adolescente la noche siguiente a la confesión: devuelto a la gracia de Dios y seguro de su salvación eterna,^[26] experimenta una alegría irreprimible.

“Es difícil», solía decir, “expresar los afectos que ocuparon mi pobre corazón en aquella noche memorable. La pasé casi enteramente sin dormir. Permanecí dormido unos instantes, y rápidamente mi imaginación me hizo ver un infierno abierto y lleno de demonios. Rápidamente ahuyenté esta sombría imagen, reflexionando que todos mis pecados habían sido perdonados, y en ese momento me pareció ver a un gran número de ángeles que me mostraban el paraíso, y me decían: – ¡Mira qué gran felicidad te espera, si eres constante en tus intenciones!

Cuando llegué a la mitad del tiempo señalado para el descanso, estaba tan lleno de alegría, emoción y afectos diversos, que para dar un poco de desahogo a mi alma, me levanté, me arrodillé y dije repetidamente estas palabras: ¡Oh, qué desgraciados son los que caen en pecado! pero cuánto más desgraciados son los que viven en pecado. Creo que si probaran aunque sólo fuera por un momento el gran consuelo que sienten los que están en gracia de Dios, todos ellos irían a confesarse para aplacar la ira de Dios, dar un respiro al remordimiento de conciencia y disfrutar de la paz del corazón. ¡Oh pecado, pecado! ¡Qué terrible azote eres para quienes te dejan entrar en sus corazones! Dios mío, en el futuro no

quiero volver a ofenderte; al contrario, quiero amarte con todas las fuerzas de mi alma; que si por mi desgracia caigo en un pecado, aunque sea pequeño, iré rápidamente a confesarme.^[27]

Encontramos aquí las claves para interpretar el horizonte de sentido en el que Don Bosco sitúa la función pedagógica y espiritual del ejercicio de la buena muerte.

(continuación)

^[1] Bosco, *El Joven Instruido*, 140.

^[2] Encontramos la misma fórmula, con pequeñas variaciones, en un folleto anónimo titulado *Mezzi da praticarsi e risoluzioni da farsi dopo una buona confessione per mantenersi nella grazia di Dio riacquistata*, Vigevano, s.e., 1842, 33-36. Cf. también *Il cristiano in chiesa, ovvero affettuose orazioni per la Messa, per la Confessione e Comunione e per l'adorazione del Santissimo Sacramento*. Operetta spirituale del P. Fulgenzio M. Riccardi di Torino, Min. Oss., Torino, G.B. Paravia 1845, donde la atribución de la secuencia es, en la redacción, similar a la de Don Bosco: "Litanie per ottenere una buona morte composte da una Damigella nata tra i Protestanti, convertasi alla Religione Cattolica all'età di quindici anni, e morta di diciotto in istima universale di santità" (*ibíd.*, 165).

^[3] Pietro Stella, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*. Vol. II: *Mentalità religiosa e spiritualità*, Roma, LAS, 1981, 340. Cf. también Michel Bazart, *Don Bosco et l'exercice de la bonne mort*, en "Chahiers Salésiens" N. 4, Avril 1981, 7-24.

^[4] Por ejemplo, puede encontrarse, con algunos retoques estilísticos y pequeñas ampliaciones, bajo el título «Gemidos

y súplicas por una buena muerte», en Giuseppe Riva, *Manuale di Filotea*. Vigésimoprimera edición de nuevo revisada y aumentada, Milán, Serafino Majocchi, 1874, 926-927.

[5] Bosco, *El Joven Instruido*, 138-142.

[6] Véase, por ejemplo, la primera consideración “Ritratto d’un uomo da poco tempo morto”, en Alfonso Maria de Liguori, *Opere ascetiche*, vol. 8, *Apparecchio alla morte*, Turín, Giacinto Marietti, 1825, 10-19.

[7] Angelo Antonio Scotti, *Osservazioni sulle false dottrine e sulle funeste conseguenze dell’opera del Lauvergne intitolata «De l’agonie et de la mort dans toutes les classes de la société»*. Dissertazione letta nell’Accademia di Religione Cattolica in Roma il dì 4 luglio 1844, Roma, Tipografia delle Belle Arti, 1844, 3. Scotti polemiza con el autor francés, médico y científico, que considera falsa la afirmación de que sólo los verdaderos católicos mueren en paz: los ateos o los adeptos de otras religiones o incluso los individuos inmorales y malos también pueden morir serenamente, mientras que no es infrecuente que los santos varones, las personas de gran virtud y los ascetas, especialmente entre los católicos, sufran agonías atroces y desesperantes, ya que todo depende del tipo de enfermedad, de la lucidez cerebral, del estado de debilitamiento fisiológico o psíquico y de las ansiedades inducidas por el fanatismo religioso, cfr. Hubert Lauvergne, *De l’agonie et de la mort dans toutes les classes de la société sous le rapport humanitaire, physiologique et religieux*, 2 vols, París, Librairie de J.-B. Baillière et C. Gosselin, 1842.

[8] Juan Bosco, *Vita del giovanetto Savio Domenico allievo dell’Oratorio di S. Francesco di Sales*, Turín, Tip. G.B. Paravia e Comp., 1859, 116.

[9] Scotti, *Observaciones sobre las falsas doctrinas*, 14-15.

[10] Stella, *Don Bosco en la historia de la religiosidad católica*, vol. II. II, 341.

[11] Bosco, *El Joven Instruido*, 7.

[12] Cf. *ibíd.*, 10.

[13] *Ibíd.*, 10-11.

[14] *Ibíd.*, 6.

[15] *Ibíd.*, 13.

[16] *Ibíd.*, 32.

[17] Cf. *ibíd.*, 32-34.

[18] *Ibíd.*, 38.

[19] *Ibíd.*, 93.

[20] Bosco, *Vida del joven Domingo Savio*, 136.

[21] *Ibíd.*, 69.

[22] Giovanni Bosco, *Cenno biografico sul giovanetto Magone Michele allievo dell'Oratorio di S. Francesco di Sales*, Torino, Tip. G.B. Paravia e Comp., 1861, 4-5.

[23] Juan Bosco, *Vita di santa Zita serva e di sant'Isidoro contadino*. Turín, P. De-Agostini, 1853, 6-7

[24] Bosco, *Nota biográfica sobre el joven Magone Michele*, 5.

[25] *Ibíd.*, 20-21.

[\[26\]](#) “Terminada [la confesión] antes de salir el confesor le dijo: ¿Te parece que todos mis pecados me son perdonados? Si yo muriera en esta noche, ¿me salvaría? – Ve en paz, se le respondió. El Señor, que en su gran misericordia te ha estado esperando hasta ahora para que tuvieras tiempo de hacer una buena confesión, ciertamente te ha perdonado todos tus pecados; y si en sus adorables decretos te llamara en esta noche a la eternidad, te salvarías” (ibid., 21).

[\[27\]](#) *Ibídem*, 21-22.